UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

LOS GRANDES ESPAÑOLES

VOLUMEN XII

7

Drama, B.
G.

LUIS ANTÓN DEL OLMET
Y
JOSÉ DE TORRES BERNAL

LOS GRANDES ESPAÑOLES

MARIA GUERRERO

En esta obra se halla resumida la vida llena de arte y de encanto, maravillosa vida ejemplar, de la egregia comedianta doña MARIA GUERRERO

22962
19:12:28

RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 42
MADRID
1920

MADRID.—Imprenta de Juan Pueyo.—Luna, 29.

CAPITULO PRIMERO

INTROITO

¡Una mujer!—María Guerrero, sostenedora del Teatro Nacional.—Una figura estatuable.—A los pies de la insigne dama.

Hace tiempo que los autores de esta, ya vieja y un poco célebre galería, deseaban exornarla con un nombre femenino. Que España, a la par que grandes varones, produjo mujéres de extraordinario talento.

En su día, y si el público siguiera favoreciendo aquestas obras de mera divulgación y amenidad, pero que van dejando hecha la historia contemporánea de nuestro país, hemos de rotular volúmenes con los nombres insignes de la condesa de Pardo Bazán, la emperatriz Eugenia (aquella maravillosa condesa de Teba, emperatriz de los Franceses) y algunas más...

Hoy lanzamos en esta colección el nombre mil veces egregio de María Guerrero, la come-

dianta insigne que dió forma y prestigio a todo el teatro de un cuarto de siglo, y que aún, hermosa y magnífica, en la plenitud de su genio y de su gracia milagrosa, está plantada en mitad del solar español, rugiente en el drama, dulce y mimosa en la comedia, risueña en el sainete, vestida de señora feudal o de marquesa modernista o de chispera elegante, alma y cuerpo del arte escénico patrio.

No es sólo María Guerrero la más extraordinaria actriz que tuvo España y acaso el universo. Donde ella estuvo pudo acaso estar alguna otra. Una pulgada más de escena, no la pisó nadie... Pero no es sólo por eso por lo que María Guerrero merece el pobre homenaje de este libro (humilde ofrenda que dos literatos le tributan), sino porque ella ha sido la sostenedora del teatro español. No le bastó ser una inmensa comedianta. Fué empresaria y aventurera gloriosa, atracción, estímulo, creación de literatos. Sin ella, ¿habrían tenido Echegaray, Galdós, Guimerá, Benavente, los Quintero, Linares, Martínez Sierra, Marquina, escenario sugeridor, cartel apetecible, intérprete soñado, guía y resumen de éxitos?

María Guerrero, en unión de su ilustre esposo don Fernando Díaz de Mendoza—fuera injusto olvidarlo y nada nos quedará en el tintero a la hora de hacer su semblanza—, ha sido, ha-

blemos claro, todo el teatro nacional durante acaso treinta años... No sólo porque ella es una actriz sin rival, sino por el decoro que imprimió a la escena, por su técnica del mobiliario y de los bastidores, por la elegancia y exquisitez que dió a cuanto vieron sus ojos escrutadores, por el prestigio de remuneración con que supo premiar el trabajo artístico, porque sin ella aún soportaríamos dramones con retratos de brocha gorda o comedias con búcaros llenos de flores artificiales; porque merced a ella, España tiene un teatro nacional si no más bello que ninguno, a la altura y grandeza del mejor.

Hizo esto María Guerrero, e hizo más.

¡América...!

Los que, como nosotros, idolatran al país ibero-americano, porque aquello es España, una España más apta y más libre, más racial que España misma—España emancipada y próspera—, no podemos menos de bendecir a esa mujer admirable que tanto luchó, lucha y luchará en los países de ultramar por el buen nombre y crédito de la escena suya, de su literatura y de su patria.

Ahora mismo se dispone a construir María Guerrero un teatro en Buenos Aires. Su glorioso existir habrá de turnar entre la Argentina y España. Será un sol femenino y bueno, que ilumi-

nará por medios años los dominios espirituales de Cervantes. Y así, con su talento y su laboriosidad, peregrina, habrá contribuído más aún, a unirnos estrechamente por lazos indisolubles—lazos del alma y del corazón—a todos los seres ibéricos.

La obra de María Guerrero, con estar en plena apoteosis, no fué lo bastante elogiada. Es caso de estatua, de veneración nacional. Porque, esa mujer, sin otros elementos que su genio poderoso, sostuvo encendida la llama del arte español—llamada tal vez a extinguirse en manos indoctas—, llama que ahora enciende en las tierras nuevas y prósperas de América, con alto beneficio para esta pobre nación caduca que ella ama tanto y a la que donó toda la plenitud de su inteligencia.

¡Cuanto más transcendente para su país la obra de esta dama, que la de tanto personaje estatuable o estatuido, y cuanto más fecundos sus actos que todos los decretos de balduque y peroraciones de trapo con que se ha solido desbordar el hispanoamericanismo aquí en Iberia.

Nosotros, al comenzar esta obra, que procuraremos sea completa y sin tacha, rendimos nuestro tributo de respeto y de admiración a María Guerrero y nos ponemos bajo sus pies como ante un símbolo del arte español.

CAPÍTULO II

EN EL SALONCILLO

Los bastidores de la Princesa.—Díaz de Mendoza es bolchevique.—Platicando. — Llega Benavente. — Muchas notas y mucha ilusión.

Hacia principios de Enero (1919), nos decidimos los autores de esta obra a comenzar nuestra labor. Escribimos a don Fernando Díaz de Mendoza, y su apoderado y director administrativo de la Princesa y buen amigo, el notable escritor don Miguel Álvarez Ródenes, nos envió respuesta, dándonos cita en el teatro.

Se ensayaba *Ramuncho*, de Loti, traducido por el duque de Tovar, según insinuaban los carteles, cuando allí comparecimos.

No era la vez primera que pisábamos los bastidores de la Princesa. Nuestra profesión de periodistas nos llevó luengas veces a la intimidad de la farándula. ¡Hasta protagonistas hemos

sido de estrenos arduos! Empero, no hemos sido jamás asiduos de empresas ni de actores.

Y así, aquello tenía para nosotros una cierta novedad. Estábamos en el santuario del arte escénico, en el lugar misterioso en que sueñan todos los autores noveles y buena parte de los veteranos.

El entresijo de la Princesa se parece muy poco al de los demás teatros. No hay ruido, ni jarana, ni se toman cafés, ni suelten risotadas súbitas. El buen gusto y la elegancia se aquietan en un ambiente sereno. Pocas vocés, pocas pisadas estrepitosas. Cuando entramos en el escenario reina una grata penumbra. Dentro de una especie de cabaña iluminada y colocada encima de la concha, está el duque de San Pedro de Galatino, quien sustituyó a nuestro venerado Tamanes en ostentar el cetro de la aristocracia aficionada al arte escenico. Díaz de Mendoza recita su papel o corrige. Se guarda una fina compostura. Si cruzase una mosca por aquel ancho ámbito callado, se advertiría su inoportunidad.

Nosotros atravesamos las tablas, dando un rodeo para no descomponer el ensayo, y llegamos al salóncillo. Lujoso y confortable. Muebles ricos y elegantes. Un calorífero benéfico. Retratos de personalidades insignes. Una condesa rubia y delgada, enseña las puntitas de sus bo-

tinas elegantes y cuchichea con Marquina, el risueño. San Pedro de Galatino, que adviene después con las manos en los bolsillos del pantalón y su elegante aire de tedio, habla del bolcheviquismo. Don Fernando, que llega más tarde, ostenta, entre verdad y mentira, su credo político:

—Los míos—dice—son los bolcheviques. ¡Es delicioso! Un bono de pan, un bono de zapatos. ¡Fuera preocupaciones! Yo no sé a quién puede aterrar un porvenir tan suave y tan dulce.

Penetra el conde San Luis, cuñado de Mendoza, pues la condesa es hermana del egregio actor. Romanones, que gobierna a España, es elogiado por todos:

—Listo como un lince—dice alguien—. Adaptación al ambiente, sentido de realidad.

Fumamos y gozamos ese ambiente de cultura, de aristocracia y de ingenio, tan raro ¡ay! en nuestros días, y en este clima español, un poco brutal.

Doña María aparece. Antes, esa voz suya, tan amada del público, tan sonora y tan clara, voz un poco viril, pero arrulladora al mismo tiempo, voz de patricia romana, ha vibrado.

Penetra la dama. Va elegante, soberbiamente vestida. Se abriga entre rasos y suntuosas pieles. Nos da su mano pequeña y se acerca al calorífero.

—¡Uf! ¡Qué tarde! ¡Qué frío!

Luego, más confortada, ríe:

—Sí... Ya sé lo que desean. ¡Un libro! Bien. Estoy a la disposición de ustedes.

—Pues si es tan bondadosa—replicamos—y si no le es molesto, vendremos mañana, a las tres, para empezar el trabajo.

—¿Y por qué mañana?

Lo ha dicho con una especie de reconvención al mismo tiempo que generosa, altanera.

Así, así. Ganar días y minutos a la vida. Eso es el genio, y ahí está la fuerza. ¡Bendita actividad del siglo! ¡Bendita la amabilidad sin par de esta gran señora, que nos hace un minuto en su vida plena de trabajo!

Seguimos a doña María hasta un rincón del saloncillo, y la oímos hablar. Ella es en la vida como en la escena. Queremos decir que es natural en la escena y artística en la vida. Hechiza escuchar su voz cambiante y seguir el encanto de sus gestos. A pesar de no ser moza tiene doña María una belleza fuerte y seductora, y hay en toda ella un aire de honestidad señoril y de garbo altivo. La querría uno por hermana y hasta por reina. Tiene algo de todos nosotros. Es nuestra. Nos pertenece su alma, y son de España sus mohines y el tono maravilloso de su voz.

Hemos ido tomando notas rápidas, de las que

llenamos varias cuartillas (doña María tiene un enorme sentido de la síntesis y del interés), y ya empezamos a fatigarla.

Han entrado Manuel Machado y Eduardo Marquina. Después, pequeño, quedito, entra Benavente. Porta su negra y gran cartera donde lleva actos, escenas, apuntes, cartera en la que sueñan los empresarios.

Doña María le pregunta:

—¿Y mi obra?

—Casi terminada.

Se sientan allá lejos y hablan. Nosotros acaparamos a don Fernando entonces, haciéndole diversas preguntas y molestando su atención inteligente y su repentización fulgurante.

Pasa la tarde. Medrano, este Medrano que es una fina copia de Tamames, y que conserva una vejez tan atildada, pasa con sus botines blancos. Llega una camarista para ofrecerle no sabemos qué a doña María. Ródenas entra y sale, atareadísimo. A las siete nos despedimos ya. Volveremos al día siguiente. Por hoy hemos hecho un buen acopio de apuntes.

—Creo—dice uno de nosotros—que vamos a publicar el libro más ameno de la galería.

—Tal vez.

Y nos sonríe la esperanza. Es una tarde de invierno madrileño, fría, pero soleada. Tenemos bañado de arte el espíritu.

CAPITULO III

MARIQUITA GUERRERO

Madrileña.—Un abuelo carlista.—El padre y la madre.—Don Ramón en París.—La emperatriz Eugenia.—Vuelta a la Corte.—A los trece años ya gana su dinerito María.—¡Pasanta y cantora!

Nació María Guerrero en Madrid (ella ostenta con cierto garbo de maja su condición madrileña), el día 17 de Abril de 1867, Miércoles Santo.

Tuvo lugar tan fausto suceso para el arte patrio en la calle del Caballero de Gracia número 23 duplicado. La casa ya no existe, pues fué derribada hace años para ensanchar la calle de Alcalá y dar entrada a la Gran Vía.

Marujita fué bautizada en la iglesia de San Luis, y en la misma pila donde tomó sus aguas bautismales la famosa Patti.

Don Ramón Guerrero, padre de nuestra in-

signe biografiada, tenía en dicha mansión un gran taller de decoración, mobiliario, objetos de arte, tapices lujosos, cuanto constituye el enser de una vivienda elegante y rica. La madre de María se llamaba doña Casilda Torija. Hijos de este matrimonio, aparte la ilustre comedianta, son: el actor don Ramón Guerrero y doña Ana, viuda de don Ramón Soriano. Por don Ramón, tiene doña María dos sobrinos varones, militar uno y estudiante otro, y una sobrinita—María Guerrero—que debutará en breve como actriz y a la que deseamos tantos éxitos como a la insigne estrella que es musa de este humilde libro. Doña Ana tiene tres hijos y una niña.

***

La familia Guerrero procede de Granada, donde gozaban de excelente posición. Pero el abuelo de doña María, que tenía un espíritu romántico, se fué con el Pretendiente al estallar la guerra carlista, y dejó a los suyos con el día y la noche. Entonces don Ramón Guerrero, al verse abandonado, y siendo un formidable luchador, se fué a París, donde aprendió su oficio de decorador. Tan hábil era, que Napoleón III lo tomó a sueldo. La Emperatriz, española y espléndida, aquella luminosa condesa de Teba,

distinguía mucho al padre de nuestra biografiada.

***

Muerto el abuelo de capitán carlista, y acabada la guerra, vino a Madrid don Ramón, instalando su taller en la casa que hemos aludido.

Ocupaba el señor Guerrero la planta baja. En el entresuelo vivía el general Infante. En el principal, la condesa de Humanes. Era ésta, una virtuosa y bondadosa dama que sintió desde el primer instante un gran cariño por Mariquita Guerrero. Tenía siempre en su casa a la pequeñuela, y puede afirmárse que la ayudó mucho en su educación, influyendo en la muchacha de modo extraordinario. La condesa fué para María como una segunda madre.

Muy pequeñita aún fué llevada María al colegio de San Luis de los Franceses, establecido en la calle de las Tres Cruces. Este colegio estaba servido por monjas francesas. María aprendió a leer en el idioma de Voltaire antes que en el de Calderón. ¡Quién había de presentir entonces que aquella niña que leía de corrido libros gabachos y que no sabía deletrear el *Quijote*, sería más tarde el sostén y guía del arte escénico patrio!

Aquello, empero, no agradaba del todo a don

Ramón, que era español hasta la médula. Por las noches, cuando Mariquita volvía del colegio, la subía sobre sus rodillas y le hacía leer periódicos nacionales.

De todos modos, mucho ha quedado en ella de sus antiguos hábitos, pues los ocios de la insigne actriz (raros en verdad) suele distraerlos mejor una novela francesa, recién editada en París, que un libro castellano.

En el colegio de San Luis de los Franceses tomó María Guerrero la primera Comunión. Y allí empezó a iniciarse en la vida cultural que luego apasionó su vida.

Por cierto—y esto es sumamente interesante—que ya allí empezó María a ganarse la vida. A los trece años supo ella lo que era ayudar a los suyos. ¿Sabéis cómo hizo?

Pues a poquito de entrar en el colegio, se hizo el ama de aquella casa. Tenía hechizadas a las monjas con su gracia y con su inteligencia. Ayudaba a las Madres y ¡era nada menos que pasanta! Desde su pupitre solía tomar a las otras niñas la lección, y corregía, y enseñaba, y preparaba laborcitas a las párvulas. Además de esto, y como tenía una deliciosa voz y amaba extraordinariamente la música, cantaba «solos» en la iglesia del colegio. Durante el mes de María, Mariquita era el ángel cantor de aquella apacible residencia.

Todos estos primores valieron a la niña que no le fuera cobrada pensión alguna a su hermana, la cual recibió, merced a María, educación gratis.

Ya, pues, a los trece años, aquella criatura adorable, no sólo se destacaba por su talento, sino que ayudaba a los suyos como una mujercita mayor.

CAPÍTULO IV

MARIÍTA SIENTE EL TEATRO

«Los Calamares »—El estudio.—Sa'a, Pradilla, Madrazo... «El loco Simarro» y su perro.—Marilita hace «caídas» ante el espejo.—Lucrecia.—«Yo quiero ser actriz.»

De la calle del Caballero de Gracia se trasladó la familia Guerrero a una antigua casa de la misma rúa (número 21, esquina a Clavel). Don Ramón alquiló todo el edificio, instalando su taller en la planta baja y reservándose un espacioso local para vivienda. Uno de los pisos fué subarrendado para cierto Círculo sagastino, que tenía entrada por la calle del Clavel y que era entonces una especie de centro revolucionario, pues don Práxedes estaba en sus días de rebelión. El Círculo se llamaba «Los Calamares». Gentes misteriosas y embozadas entraban y salían, excitando la curiosidad de Mariquita y dejando sobre su espíritu una rara sensación de romanticismo político.

La parte alta de aquella casa, ya también derruída, ¡ay!, era, empero, la más interesante. Hallábase distribuída en Estudios para artistas, y allí se instalaron hombres que más tarde, muy poco más tarde, habían de obtener grande fama.

Allí vivía, dedicado a sus acuarelas, el insigne don Emilio Sala, entonces de una pobreza bíblica, mal vestido y peor yantado. También don Raimundo de Madrazo. Allí Gomar. Allí, Simarro, joven y rebelde, estudiando sus lecciones de ciencia abstrusa y recitando en alta voz temas archicomplicados.

Por cierto, que Simarro fué una obsesión para María durante algún tiempo. El hoy insigne catedrático vivía solo, con un perro, al que quería mucho y que era todo su vínculo con el vivir. Simarro, como hemos dicho, solía repetir sus lecciones en alta voz. Y Mariquita, al oirle, creía que estaba enseñando a hablar al perro. Cuando ella diableaba por escaleras y pasillo y oía las peroratas del actual profesor venerable, llamaba a hermanos y amiguitas, y les decía:

—Ese loco está enseñándole a hablar al perro. Vamos a oirle.

Y sofocaban la risa detrás de la puerta misteriosa, mientras Simarro continuaba recitando sus lecciones.

Aquel estudio medio bohemio era frecuentado por ilustres artistas. El gran pintor Domingo

iba todas las tardes. Galofre no faltaba casi nunca. El insigne Pradilla era también habitual. Solían entablarse discusiones sobre arte. La charla era sugestiva y culta. Y la pequeña Guerrero, a quien todos festejaban por su ingenio y belleza, íbase formando en un ambiente de maravilla y de arte.

La madre de María, doña Casilda, era una cocinera preclara. Y como el dinero no andaba muy escaso, pues don Ramón ganaba mucho, solían darse en casa de Mariquita comidas estupendas, que eran oasis venturoso para aquellos grandes maestros aún incipientes. Pradilla debe mucho al hogar Guerrero. Una vez lo llevó don Ramón a veranear con ellos a Galicia, viviendo el pintor en verdadera intimidad con la familia de María. En Galicia, y durante aquella etapa de reposo, conoció Pradilla, y la amó, a la dama que luego había de ser su esposa.

Juzgad con qué facilidad preciosa se iría formando el ánimo inteligente de María Guerrero. En la casa, casa de un verdadero artista, las más de las bellas realidades del decorado. Y como amigos, Sala, Domingo, Pradilla, Madrazo... Por lo demás, como don Ramón frecuentaba mucho los palacios aristocráticos, pues era admirado su buen gusto por la grandeza, María empezó bien niña a conocer las mansiones ricas, los salones bellos, las estancias plenas de suntuosi-

dad, todo eso que forma en el sentimiento de los niños la inclinación por lo maravilloso. La casa de Alba, la de Medinaceli, eran cosa habitual para María.

*
* *

Y ahora llegamos ya al instante en que María Guerrero siente la vocación por el teatro.

¿Cuándo se reveló en ella la afición a la escena? Puede decirse que se sintió actriz en el momento mismo de tener uso de razón. Su padre, que era muy amigo del gran Mario y que conocía la vida teatral de entonces como cosa propia, llevaba a la niña al teatro con frecuencia. Ella seguía con viva curiosidad la escena, y al volver a casa se plantificaba unas largas faldas de su madre y ensayaba «caídas» ante el espejo. Otra de las cosas que más la deleitaba era copiar actitudes de los cuadros. Rosales, amigo íntimo de la casa, a quien María hacía mucha gracia y el cual la quería muchísimo, solía decirle:

—Mariíta, haz la Lucrecia.

Y Mariíta extendía un brazo en actitud dramática. ¡Y estaba tan bella así!

Por cierto—y este es un curioso detalle—, que Rosales tuvo para su cuadro «La muerte de Lucrecia», a don Ramón Guerrero como modelo

en una de las figuras que completan dicha obra de arte.

Así fuése modelando aquel espíritu llamado a influir de modo tan eficaz en la vida literaria española. Aquella chicuela traviesa—tan traviesa, que un día ideó con su hermano Ramoncito quemar la casa, y casi lo consiguieron—íbase inclinando cada vez más al teatro. Un día, al volver de no sabemos qué comedia, brincó sobre las rodillas paternales, y, acariciando con mimo el rostro de don Ramón, le dijo:

—Oye, papá. Yo quiero ser actriz.

El padre se quedó mirando a la niña. Y acaso aquellos ojos amantes y videntes recibieron una sensación de luz profética. El genio había balbucido su primera frase.

CAPITULO V

LAS PRIMERAS ANDANZAS TEATRALES

Teodora Lamadrid.—En la compañía de Mario.—El debut. Imitando a madame Judic.—Una extravagancia de Inocentes.—María gana dos duros.—Ni para guantes.—Enferma.

Quiso María adherirse a una compañía de aficionados que por entonces lucía mucho en la corte, pero don Ramón, que era hombre práctico, se negó en absoluto:

—Hay que empezar en serio—le dijo a la niña—. Será mejor que tomes profesora. ¿Te parece bien doña Teodora Lamadrid?

—¡Ya lo creo!

Al día siguiente la condujo el señor Guerrero al hotelito que en el paseo de la Castellana tenía la anciana e ilustre actriz. ¡Buena maestra! ¡La muerta ilustre, verdadera gloria de la escena española! Don Ramón, que conocía bien la

vida y que tenía un excelente sentido práctico, había vedado a su hija la asistencia al Conservatorio, donde la enseñanza era deficiente, para entregar aquel retoño vigoroso que surgía en el arte español, a la amorosa tutela de doña Teodora.

La maestra ilustre daba clase a tres o cuatro señoritas más. Pero su predilecta era María, en la que vió inmediatamente una estrella brillantísima del arte escénico. Dato curioso: de aquella clase sólo María Guerrero llegó a la celebridad. Las otras damiselas vivieron una opaca vida, no llegando a saborear las mieles del éxito

*
* *

Esto acaecía durante los comienzos de 1885. Meses después, en Octubre, y en el teatro de la Princesa, tuvo lugar el debut de María. Ocurrió tan interesante suceso bajo los auspicios del gran Mario, que era, como hemos dicho, amigo íntimo de don Ramón.

Los comienzos de María Guerrero fueron un poco trágicos, pues el mismo día en que asistió a su primer ensayo hubo un pequeño incendio en el coliseo, quemándose levemente el director y don Tomás Luceño. Esto retuvo en casa a Mario durante algunos días, los ensayos queda-

suspendidos y María Guerrero se presentó al publico casi sin la menor preparación.

La obra en que debutó María Guerrero fué *Sin familia*, de don Miguel Echegaray. Don Miguel añadió a su comedia unas redondillas para que Mariquita las cantase. Ella era una ferviente admiradora de la estupenda cancionista francesa madame Judic, y en aquella noche memorable imitó a su ídolo, con una gracia y una fidelidad sorprendentes.

Como se ve, la aparición de María Guerrero fué muy curiosa y todo lo contrario de lo que había de constituir más tarde el estro y el estilo de la insigne comedianta. La intérprete peregrina del teatro clásico español, se presentaba cantando una romancita e imitando a una cancionista francesa.

¡Detalle verdaderamente extraño!

No hay que decir del éxito obtenido por la pequeña señorita Guerrero. El teatro entero la aplaudió, encantado de su vocecita deliciosa, de su mímica y de su belleza.

A todo esto, y prosiguiendo sus estudios y ensayos, María vivia en un ambiente de cultura artística que iba reforzando cada vez más sus aptitudes. La casa paterna era un templo consagrado a lo espiritual. Los jueves, por ejemplo, daba don Ramón una suculenta comida a sus amigos, y la tertulia aquella era una Academia

o Ateneo de mentalidades sugeridoras. Allí, Cañete, y Tamayo, y Casares y el chispeante Rancés.

***

Seguía la temporada Mario. Pero el negocio no podía ser más detestable. Murió Alfonso XII, y España tenía mal ceño A la gente no le daba por ir al teatro. Y así, y para mejorar el cartel fué contratado Rosell, el graciosísimo.

El día de Inocentes se estrenó una extravagancia pintoresca, llena de coplillas, de recitados y de locuras. Mariquita hizo las delicias del auditorio, con un delirio de complejidades encantadoras en su arte ingenuo y todavía un poco infantil. Aquella obra, que alcanzó cuarenta representaciones, salvó la temporada.

Estrenáronse después *Las tres jaquecas*, *La salsa de Aniceta*, donde Rosell estaba enorme; *Palomo* y dos o tres cosas más.

***

Le hemos preguntado a doña María:

—Doña María, ¿qué ganaba usted entonces?

Ella nos ha respondido:

—Pues ganaba dos duritos diarios.

Luego sonríe la insigne comedianta, y, ha-

ciendo un mohín muy femenino y muy gracioso, añade:

—Ni para guantes... A mí me vestía entonces madame Albison, la mejor modista que había en la Corte. Tenía su taller en la Red de San Luis. ¿No la oyeron nunca nombrar?

Esto lo añade al sorprender nuestras caras de bobos.

***

Mariíta no perdía el tiempo. Además del estudio, los ensayos, las representaciones, aprendía el alemán y el arpa. Su vida era de una inquietud horrible. Dormía poco. Se preocupaba mucho. Se puso enferma. Al llegar el verano de aquel famoso 85, don Ramón intervino virilmente:

—¡Ea, pequeña! ¡Se acabó el trabajo!

Y la quitó del teatro, del alemán, del arpa y del infierno, y Mariquita fué otra vez la niña mimada y ociosa, y no la pobrecita muñeca siempre fatigada por el trabajo excesivo.

CAPITULO VII

EL PRIMER AÑO DE EMPRESA

Mario y Vico se la disputan.—Vence Mario.—Una crítica de doña Emilia.—La jira por provincias.—El Español a concurso.—¿Te gustaría quedarte con él?—Treinta y tantos mil duros.—La formación de compañía.—Thuillier, Ricardo Calvo y Díaz de Mendoza.—En la Princesa y en el Español.

Durante el tiempo que María permaneció en París bajo la dirección artística del gran Coquelin, Mario, Perín y Vico hicieron diversas gestiones cerca de la señorita Guerrero a fin de firmar con ella contratos para el momento de su regreso a España.

María aplazó toda determinación hasta que sus estudios en París hubiesen terminado.

Mientras tanto, la temporada teatral de la Comedia iba de mal en peor.

Se estrenó por entonces *Comedia sin desenla-*

ce; pero no dió tampoco el resultado apetecido, y la campaña terminó mal.

Y así las cosas, María regresó de París. Tan pronto como tuvieron noticia de su llegada, Mario y Vico pusiéronse en movimiento, disputándose el honor de firmar con ella contrato.

Venció Mario, y la señorita Guerrero entró a formar parte de la notable compañía que acaudillaba don Emilio.

A poco de empezar la temporada en la Comedia, comenzaron los ensayos de *Realidad*, el admirable drama de don Benito.

Llegó la noche del estreno, y al día siguiente, la insigne escritora doña Emilia Pardo Bazán, en un notable trabajo de crítica, censuraba a la entonces señorita Guerrero—hoy doña María y la condesa son grandes amigas—su labor personal. Entre otras cosas, la admirable escritora censuraba a la actriz el defecto de no representar la edad que el personaje de la obra de Galdós tenía. Y terminaba así la condesa: «Por eso no acaba de triunfar la señorita Guerrero.»

Sin embargo, el éxito rotundo y definitivo no podía hacerse esperar por mucho tiempo. El talento de la señorita Guerrero tenía que vencerlo, dominarlo y tenerlo rendido a los pies. Por justicia primero y por galantería después, el éxito no podía serle esquivo durante mucho tiem-

po a la insigne actriz cuya biografía nos ocupa.

Y así fué, en efecto. *Mariana* y luego *El poder de la impotencia* y *La orilla del mar* dieron a María el triunfo.

Al terminar la temporada de la Comedia, donde María llevó a cabo tan brillante campaña, el nombre de la señorita Guerrero ya era pronunciado en medio de una profunda admiración. ¡Tal había sido su labor personal y la fuerza de su talento artístico para imponerse!

***

Aquella primavera, durante uno de los viajes a que la jira de la compañía de Mario la obligaban, estando María con su padre comprando periódicos en una estación, leyeron en uno de los diarios madrileños la noticia de que el teatro Español salía a concurso.

Don Ramón Guerrero, para quien los más insignificantes caprichos de su hija tenían la fuerza de una orden terminante, y que al propio tiempo, en su cariño por su hija, adivinaba hasta sus menores deseos, preguntó a la joven actriz:

—¿Te gustaría quedarte con el Español?

María asintió entusiasmada, y el acuerdo se elevó a la categoría de programa.

Era, por entonces, alcalde de Madrid el conde de Romanones. Y él fué quien resolvió a favor

de don Ramón Guerrero y de su hija el concurso.

Doña María, al recordarlo, nos dice:

—Por eso para nosotros el conde de Romanones siempre será el alcalde.

***

Tan pronto como don Ramón Guerrero tuvo las llaves del Español, mandó echar abajo el teatro e hizo una obra mucho mayor de aquella a que se había comprometido.

Mientras tanto, María continuaba su campaña en provincias con Mario.

Al regresar a Madrid, la joven empresaria creyó que aquello no terminaba nunca. Tan enormes eran las obras que su padre había acometido. Y es que al quedarse don Ramón Guerrero con el Español, el teatro municipal era una verdadera desolación. Años antes ya amenazara ruina y tuvo que ser apuntalado por el arquitecto don Mariano Monasterio. Como detalle curioso y que corrobora nuestras afirmaciones, doña María nos dice:

—Figúrense ustedes, que en uno de los pasillos había junto al techo una resquebrajadura a la que nosotros pegábamos todos los días un papel con objeto de ver su resistencia, y siempre nos encontrábamos el papel roto.

En dichas obras, merced a las cuales existe todavía el teatro de la plaza de Santa Ana, don Ramón Guerrero gastó más de treinta mil duros. Para ello tuvo que utilizar su crédito.

***

De regreso a Madrid la compañía de Mario, la señorita Guerrero se separó de don Emilio y empezó sus gestiones como empresaria para la formación de la compañía que había de actuar en el Español.

Don Ramón Guerrero hizo proposiciones a Thuiller y a Fernando Díaz de Mendoza. Fernando aceptó el puesto de galán joven que se le ofrecía por el padre de la que después había de ser su mujer y la compañera de sus éxitos; pero Thuiller tenía compromisos pendientes y no pudo aceptar.

Se pensó entonces en Ricardo Calvo como primer actor. Le habló don Ramón, y Calvo entró a formar parte de la compañía.

Mas como las obras del Español no terminaban, la Empresa de dicho teatro se puso al habla con los propietarios de la Princesa, en cuyo coliseo debutó la compañía en Octubre con los elementos que consignados quedan.

En la Princesa se estrenó *María Rosa,* de Guimerá, traducida al castellano por el gran

don José Echegaray. Tuvo un éxito franco y la temporada empezó bajo buenos auspicios.

Al finalizar el año habían también finalizado las obras del Español, y entonces la compañía se trasladó a su verdadero teatro, donde debutó en los primeros días de Enero.

La primera obra puesta en este teatro fué *El desdén con el desdén.*

Y así fué por primera vez empresaria doña María Guerrero, esta doña María, que ha paseado en triunfo por el mundo nuestro teatro y que ha sido su más firme sostén durante un cuarto de siglo.

CAPÍTULO VIII

«MANCHA QUE LIMPIA»

Doña María y don José.—Cómo se conocieron.—La primera obra.—En el Español.—«Siempre en ridículo».—El público tiene razón.—María y Ricardo Calvo.—«El enigma» y «Mancha que limpia.»—Una noche angustiosa.

La vida artística de doña María Guerrero, va íntimamente unida durante un gran número de años a la de don José Echegaray. Justo es, pues, dedicar a esta amistad, que tantos y tan resonantes éxitos valió a una y a otro, un capítulo de esta monografía.

Don José conoció a María en el teatro de la Comedia. Celebraba Mario su beneficio, y la entonces señorita Guerrero desempeñaba en *El Café* de Moratín, el papel de doña Mariquita. Echegaray, que asistía a la representación, al terminar ésta felicitó a María Guerrero y habló con el padre de la insigne actriz. Los elogios que el gran dramaturgo hizo entonces de la se-

ñorita Guerrero, fueron el pacto que selló, una amistad que tanta gloria había de dar al teatro español contemporáneo.

Al año siguiente, es decir, el noventa, al quedarse el padre de doña María con la empresa del teatro Español, don José dió a la señorita Guerrero una obra. Se titulaba *Siempre en ridículo*, y fracasó por no estar hecha para ella.

El fracaso fué más desconsolador por las esperanzas que en ella había puestas.

—Tenemos una obra de don José—decían los de la casa, frotándose las manos y con la alegría del que se promete un suculento negocio.

Y llegó la noche del estreno. *Siempre en ridículo* fué un fracaso ruidoso y definitivo. El público en pie, vociferando, rugiendo, pedía poco menos que la cabeza del autor. Detrás del telón, todo era consternación y duelo. Los actores, cariacontecidos y mustios, ni a cambiar impresiones se atrevían. Doña María y su padre estaban desolados.

Pero en medio de aquella horrenda tempestad, brilló un momento el sol. Y el sol aquella vez, fué una frase de Echegaray.

Don José, al terminar un acto y caer el telón entre un pateo ensordecedor, fué a buscar a don Ramón y a María y les dijo:

—Dentro de diez y nueve días, tendremos otra obra.

Y añadió:

—El público siempre tiene razón.

Aquella promesa de don José, atenuó un tanto el dolor del fracaso.

***

Echegaray cumplió su palabra. A los diez y nueve días justos del tremendo fracaso, don José leía *El crítico incipiente*, primera obra que escribía para María Guerrero y en la que la actriz gloriosa tenía un papel, visto por don José para ella a través del de doña Mariquita, en que la conociera.

A partir de aquella fecha, Echegaray sólo escribió para María. Toda la obra de don José desde entonces, y excepción hecha de un estreno en el Español, fué antes que por nadie interpretada ¡y de qué modo! por la gran comedianta con cuya biografía honramos hoy esta biblioteca.

***

El éxito más grande, más unánime y más clamoroso, que obtuvieron María Guerrero y Echegaray, fué indudablemente con *Mancha que limpia.*

Por eso no vacilamos en recoger los intere-

santes detalles que con el estreno de dicha obra se relacionan.

Era doña María empresaria del Español, y la temporada había empezado mal. Las obras y reformas hechas en el local, habían importado más de treinta mil duros. De no cambiar radicalmente el aspecto que el negocio ofrecía, la ruina era inminente.

Y así las cosas, don José entregó a María *El estigma*. De la temporada anterior quedaba sin estrenar *Mancha que limpia*. Ricardo Calvo era el primer actor. En *El estigma* el papel de Calvo era importante y de gran lucimiento. El de María, en cambio, insignificante. Precisamente lo contrario de lo que ocurría con *Mancha que limpia*.

Y la discusión surgió.

Había que salvar la temporada. Pero no había tiempo que perder. Era absolutamente preciso acertar en la elección. Un fracaso en aquellos momentos era la ruina. Ricardo Calvo se comprometía a salvar el peligro con *El estigma;* María, por el contrario, opinaba que sólo *Mancha que limpia* podía operar el milagro.

Por fin, tras mucha discusión, María impuso su criterio, y *Mancha que limpia* fué anunciada y comenzó a ensayarse.

Ocioso es decir el entusiasmo, el cariño, la fe, con que María Guerrero estudió *Mancha que*

limpia. Era la carta decisiva. De aquel estreno dependía la vida económica de la Empresa.

Y llegó el momento de intensidad enorme, del estreno.

Durante los tres primeros actos, las ovaciones y los pateos se sucedían y atropellaban. La obra, tan pronto era cortada por ovaciones frenéticas, como por protestas de una violencia terrible. Al llegar el cuarto acto, la obra estaba ya en el suelo. Aquello era, valga la paradoja de la frase, el triunfo del fracaso. Nadie, ni María, se atrevía a pensar en levantar aquello.

Sin embargo, allá en lo más recóndito de su ser, la fe ciega inmensa que María tenía en la obra desde que la leyó, no había desaparecido del todo. Quedaba la sombra de una esperanza. Quedaba a doña María la fe en sí misma y en su talento artístico. Quedaba algo. El telón no había caído aún.

De pronto, cuando el momento definitivo se acercaba y sólo las últimas escenas faltaban para que la obra terminase, una ovación que estalla clamorosa, y otra, y otra, y la obra que sube y sube, y el público que adivina la última frase: «Esta es mancha que limpia», y los estudiantes que saltan al escenario y cogen a Echegaray y lo llevan en triunfo en hombros por las calles.

Mancha que limpia fué un éxito inenarra-

ble. La fe de María Guerrero había salvado la obra y la temporada. Había salvado de la ruina a su padre y se había consagrado.

*
* *

El estigma, que se estrenó en la temporada siguiente, tuvo un pasar, que duró pocas noches en el cartel.

CAPÍTULO IX

EL HOTEL DE DON JOSÉ

La fantasía popular.—Una conversación con María y Fernando.—La intervención del matrimonio en la compra del hotel de Echegaray.—Rectificación de un rumor.—Los terrenos del paseo del Obelisco.—Una coincidencia.

Siempre, en todos los tiempos y en todos los pueblos, la fantasía popular creó leyendas alrededor de las grandes figuras.

Y he aquí, precisamente en esta tradición, uno de los méritos de esta galería, encargada de la divulgación verídica de la vida íntima de las personalidades cumbres: el de poner las cosas en su punto, quitando a la leyenda la parte fantástica para convertirla en histórica.

En esta regla general, ni María Guerrero ni don José Echegaray podían ser una excepción. Por otra parte, el pueblo español, fundamental-

mente imaginativo, no hubiera podido tolerarlo, mucho menos tratándose de dos de sus artistas predilectos.

Y la leyenda surgió, adquiriendo bien pronto una difusión luenga.

—La Guerrero y Mendoza—empezó a susurrarse—han regalado a Echegaray un hotel.

Los autores de este libro, fieles a su deber informativo, preguntaron a doña María en una de sus entrevistas con la eximia actriz:

—¿Es cierto que ustedes regalaron a don José el hotel en que vivió sus últimos años?

El rumor, sin duda, no había llegado hasta ellos, a juzgar por la sorpresa con que nuestra pregunta fué acogida.

María y Fernando, a un tiempo, reflejando en sus rostros idéntico asombro, replicaron vivamente:

—¿Pero quién ha podido inventar ese absurdo?

Y a continuación, la insigne comedianta que ostenta el cetro de la escena española y con cuya biografía honramos hoy esta biblioteca, nos explicó detenida y detalladamente el caso.

—No hubo tal regalo. Ni a nosotros—dice doña María—se nos ocurrió, ni don José lo hubiera aceptado. ¿No recuerdan ustedes cómo rechazó enérgica y rotundamente la iniciativa de una suscripción en su favor? Don José—co-

menta—era de una susceptibilidad exagerada. Y nosotros lo conocíamos suficientemente para que ni por la imaginación nos pasase semejante idea.

—Lo ocurrido—interviene Fernando—fué bien sencillo. Al lado de nuestro hotel había un solar. Por aquellos días, don José nos había comunicado su propósito de adquirir terreno para construir un hotelito. Hablamos del sitio y don José fué a verlo con nosotros. Pero el solar tenía mayores dimensiones de las que Echegaray necesitaba. Nos pusimos al habla con el propietario del terreno, a fin de proponerle la compra de los metros cuadrados que don José necesitaba.

—Y—vuelve a intervenir doña María—al decirnos el dueño del solar que no lo vendía sino en su totalidad, lo que hicimos Fernando y yo fué acordar, con objeto de facilitar a don José el logro de su propósito, quedarnos con una faja de terreno que sobraba de la cantidad que Echegaray necesitaba y en la que nosotros construímos nuestra cochera.

—Por cierto—añaden indistintamente María y Fernando—que nosotros con aquello, más que un favor a don José, lo que hacíamos era satisfacer un deseo. Porque con ello, sobre gozar de la vecindad de don José, al que nos unía un afecto filial, lográbamos uno de nuestros deseos

favoritos: el de tener la mayor cantidad posible de aquellos terrenos, que para nosotros guardaban recuerdos de familia.

Hay una mirada nuestra interrogadora que doña María se encarga de contestar.

—Sí—dice—. Cuando lo que hoy son las calles de Zurbano y Almagro, y en general todo ese barrio del Obelisco, era un despoblado, poseía casi todos aquellos terrenos el célebre actor Arderíus (padre del simpático y culto coronel laureado don Francisco Arderíus, gran amigo de los autores de esta obra).

—Mi padre—añade doña María—compró por entonces también algunos lotes en el paseo del Obelisco. Aquello fué adquiriendo alguna importancia. Sin embargo, mi padre hubo de desprenderse de ellos. Por eso, cuando Fernando y yo pensamos en edificar una casita, yo propuse que fuese en aquel sitio y con terrenos adquiridos a Arderíus. A Fernando le pareció bien y así lo hicimos. Y esa fué—termina doña María—toda nuestra intervención en el asunto de la casa de don José.

—Toda no—rectifica Fernando—. Falta un detalle. La casa de don José fué dirigida por el mismo arquitecto que dirigió la nuestra.

—Es verdad—añade la gloriosa actriz—. Pablo Arando.

—Por cierto que miren ustedes qué coinci-

dencia. El arquitecto que dirige las obras de nuestro teatro de Buenos Aires, también se llama Arando.

—Sí. Pero aquél—dice doña María a su esposo—es tocayo tuyo. Se llama Fernando.

CAPITULO X

«PALIQUES» DE «CLARIN»

El ilustre crítico Leopoldo Alas, «Clarín», consagra a María Guerrero en los comienzos de su carrera triunfal varios de sus admirables «Paliques» de «Madrid Cómico».

Repetidas veces, en el curso de nuestras conversaciones con la señora Guerrero, nos ha hablado la comedianta insigne de las crónicas que por el año 90 la dedicara en *Madrid Cómico* el maestro *Clarín*.

Por ello y por ser, como suyas, admirables, creemos de interés reproducirlas. Por ello y porque será curioso ver cómo *Clarín* desacierta bastante en sus juicios y vaticinios sobre doña María.

Helas a continuación:

«PALIQUE

A la señorita Guerrero, primera dama del teatro Español: He leído en muchos periódicos

de la corte que está usted haciendo prodigios en esa escena en que brillaron, no hace mucho, Matilde Díez y Elisa Boldún. Aunque—sin ánimo de ofender a nadie—los provincianos que hemos sido cocineros antes que frailes, sólo admitimos a beneficio de inventario los elogios que la Prensa madrileña suele prodigar a los cómicos, esta vez, por lo que a mí toca, me inclino a creer que es verdad tanta belleza, y que esa unanimidad del entusiasmo periodístico responde a un bien efectivo, que viene a confirmar muchas esperanzas y a satisfacer legítimos deseos. Sí, me da el corazón que en usted se ha revelado una actriz verdadera. Si se me pregunta por qué no voy a verla, contesto que por miedo a la viruela principalmente, y además por respeto a la obligación de la *residencia*, que tan olvidada suelen tener algunos obispos, a quien también alcanza.

Pero, aunque yo, por ahora, no puedo ver a usted en *El Vergonzoso en Palacio*, ni en *Don Juan Tenorio*, me figuro la Magdalena y la Inés que usted hace, y doy por bueno cuanto en su favor se ha escrito. ¿No tendrá usted defectos? Para acercarme más a la realidad me figuro también que sí. ¿Qué clase de defectos serán los suyos? También tengo que conjeturarlos e imaginarlos, porque la Prensa nada ha dicho de ellos. Los críticos y gacetilleros creen hacer un

favor a los artistas prescindiendo de sus tachas, negándolas u olvidándolas, y en realidad les hacen un flaco servicio; porque así como no se concibe verdadera pintura sin sombras ni penumbra, no hay crítica real ni claroobscuro sin gradaciones y matices, sin algo *gris*, por lo menos. Sólo podría ser fiel un cuadro todo luz... aquel que representara la gloria, donde todos los cuerpos tienen resplandores, según dicen los peritos; sólo sería exacta y real la crítica de elogio absoluto cuando se tratara de alguna obra de la Divinidad; y esa obra no había de ser el mundo terrestre, pues el mismo Dios, descontento del borrador antediluviano, le pasó por encima las aguas del diluvio. Cuando la crítica diviniza al artista atribuyéndole la perfección, lo convierte de hombre en fantasma; y, dislocando la frase célebre de Pascal, podemos decir que en tales casos, haciendo del artista un ángel, el crítico hace de bestia.

Por estas y otras metafísicas, vengo en dar por hecho que usted, señorita, tiene defectos. Pues el que mejor la quiere, en cuanto actriz, lo que debe hacer es ayudarle en la labor de progreso, que consiste en ir procurando que cada día lo defectuoso disminuya en usted. Y para conseguir esto, lo mejor, sin duda, y por de pronto, lo absolutamente necesario, es conocer los defectos mismos. Y tenemos con esto

averiguado, como lógica consecuencia, que esa persona que la alaba a usted en absoluto, sin indicar tachas, ni es quien mejor la quiere, ni quien puede ayudarle en el provechoso trabajo de su adelanto artístico.

Pero en esto de defectos hay que contar con la huéspeda; hay que contar, no sólo con los que se tienen actualmente, sino con los que se puede adquirir. Los dividiremos, por tanto, en vicios presentes y futuros. Los últimos son los más peligrosos, porque éstos suelen ser los que conducen a la corrupción artística y los síntomas de la decadencia; los primeros acusan generalmente los límites actuales del desarrollo; vienen a ser formas negativas del crecimiento; hay mucha diferencia entre la estatura de un anciano caduco y apergaminado y la de un niño que mide igual estatura; el niño puede decir: somos iguales, pero yo voy para arriba.

A los defectos que yo barrunto que usted tiene les atribuyo poca gravedad, y mucha a los que usted puede adquirir. De los presentes quiero hablar poco por varias razones: primeramente, porque mis cálculos en esta materia pueden ser de una inexactitud que salte a la vista de todos los que tienen el gusto de verla y oirle a usted en el Español. Las conjeturas proféticas deben hacerse para tiempo lejano, para que no se puedan desmentir por los que oyen la profe-

cía. Si me equivoco al señalar los defectos en que usted puede incurrir dentro de algunos años, poco importa para mi crédito de augur, pues para entonces ni yo mismo me acordaré de lo que dije; mientras que si le atribuyo ahora tachas que no tiene, cualquiera puede notar que me engaño y reirse de mis inducciones y deducciones.

Además, a usted no le molestará tanto, si algo le molesta, que se le hable de faltas en que puede incurrir con el tiempo, como puede disgustarle que se insista en examinar los lunares de ahora. Añádase todavía que de los vicios de declamación que usted pueda tener en este momento la culpa principal la tendrán el *medio* y las enseñanzas pasadas, y como usted se ha dedicado a nuevo género y ha cambiado de teatro, no es de esperar que las malas influencias antiguas persistan en su acción deletérea.

Lo más probable es que en adelante los defectos nazcan de la influencia en usted de las nuevas regiones del arte escénico en que usted ha penetrado con la buena suerte de que todos hablan.

También es cierto que muchas de las causas que pueden haber contribuído a los defectos de ahora, son, por desgracia, de carácter general y constante en nuestro teatro y seguirán influyendo para producir los defectos futuros.

Y dejando ya preámbulos, diré de manos a boca que una de estas causas generales y permanentes va indicada en el siguiente consejo:

¡Es necesario huir de las *malas compañías!*

Cómo y por qué, lo veremos en otro día. En tanto, b. s. p.

CLARÍN.»

«PALIQUE

A la señorita Guerrero (primera dama del teatro Español): Decíamos hace ocho días que era necesario huir de las *malas compañías*, y a esto podría contestarme usted que tanto valdría condenarla al extrañamiento. La verdad es que de las *malas compañías* es imposible huir en España. No las hay buenas. No; no las hay. Pero ya que no quepa buscar la salvación en la fuga, se le puede aconsejar a usted mucha higiene, para evitar, si es posible, el contagio de tantos y tantos vicios como afean el arte mermado y enclenque de la escena española de nuestros días. Se comprende que el señor Cañete, que tiene obligación de hablar de cuantos teatros hay en Madrid, haya echado ese mal humor que le caracteriza. Los cómicos, generalmente, hoy por hoy, no pueden darle al crítico más que disgustos. Todos los años algunos revisteros, que a lo mejor tienen una comedia en primera instan-

cia, hablan de la resurrección de nuestra escena, gracias a los esfuerzos del empresario N o de la compañía X..., y no hay Lázaro que valga. No hay quien levante ese muerto. El público bosteza, y no cree ni en el genio de los trasnochaditos poetastros que escriben todavía dramas de fiambre romántico, ni en la inspiración de los cómicos que representan esas imitaciones insípidas. Sí; el público bosteza... desde casa. Su ausencia es su fallo. Es inútil que el reclamo invente recursos y cuente con el silencio de la benevolencia y de la cortesía. El público sabe lo que le espera y se abstiene...

Había dos actores, nada más que dos: Vico y Calvo. Murió Calvo y quedó Vico. Se dejó que Vico se marchara y no quedó nadie. Esta es la verdad lisa y llana. Empresarios, público, autores que no teniendo más que un buen cómico le dejan marcharse, no quieren de veras tener teatro. Estas ausencias no se suplen improvisando notabilidades en el papel. Como actrices no había ninguna buena desde que se murieron las antiguas y se retiró la Boldún; se llamaba buena a la María, a la Mendoza (que algo bueno tuvo), a la Contreras (que empezó muy bien... y ahí se quedó), a otras medianías... y por fin a la señora Cirera, que era tan mala cómica como puede serlo cualquiera. Y en cuanto a hombres... se le dió el ascenso inmediato al simpático Ri-

cardo Calvo; y con una ternura muy mal entendida, se le aplicó una especie de *ley sálica* para que sucediera á su hermano Rafael. Vano empeño. Ricardo Calvo, que, en efecto, adelantó muchísimo, no adelantó bastante para llenar el vacío que dejó *el otro*. Ricardo Calvo, señorita Guerrero, es un ejemplo vivo de los terribles contagios de la escena. Y además la gacetilla proclamó a Jiménez, a don Donato Jiménez, actor insigne. ¡Parece mentira! Donato Jiménez nunca se ha hecho aplaudir con justicia más que en el papel de Don Lucas en la comedia de figurón *Entre bobos anda el juego*. Allí, por coincidencia chistosa, sientan bien aquel vozarrón, aquel quijotismo de teatro, aquella solemnidad cómica... Y no quiero hablar de los Calvos menores, ni de laCalderón, la Abril y otras eminencias que se nos quiso hacer admirar...

Pues bien: en compañías así tiene usted que andar, y lealmente le confieso que únicamente si tiene verdadero *genio*, que lo ignoro, podrá librarse a la larga de la perniciosa influencia de ese *medio* escénico. El ambiente de la escena es deletéreo y mata; el de la sala, glacial y ayuda a morir. No crea usted, señorita, en la persistencia de esos entusiasmos, que ahora está usted saboreando muy legítimamente, con perfecto *derecho a la ilusión*. Eso pasa pronto, sobre todo en épocas como ésta, en que el gusto se separa

más y más cada día del Teatro. Un escritor francés acaba de publicar un libro que titula *El fin de un arte*, y ese arte es el Teatro. Puede equivocarse ese autor; probablemente se equivoca..., porque exagera; el teatro no muere, languidece; acaso esto es peor; es peor seguramente para los *artistas* de la escena (autores y actores) que merecen tan excelso nombre. Lo más triste no es que haya personas de criterio que opinen que el teatro muere; lo más triste es lo que algunos críticos escriben para contradecir esa opinión: dicen los más optimistas que el teatro quedará ahí para siempre, porque al fin es espectáculo, y como tal, ni siquiera puede decirse que cae; lo que puede eclipsarse, añaden estos defensores, es el *teatro literario*, pero éste, en rigor, pocas veces florece, pocas veces coincide en las tablas el espectáculo y la literatura...

Es verdad. Y ahora añado yo por mi cuenta que el teatro no deja de ser literario sólo cuando se materializa, cuando se convierte en puro recreo de los sentidos, sino también cuando insiste en ser literario sin poder serlo, entregado a los autores no poetas, no artistas. Estos autores no artistas suelen ser en los países en que el teatro-espectáculo da mucho dinero y provoca una gran concurrencia, los hábiles *mecánicos* del oficio, de los cuales puede ofrecerse como dechado

a Sardou en sus obras aparatosas de estos últimos años. En los países como el nuestro, en que el teatro propiamente serio da poco dinero y no despierta seria concurrencia, los que invaden las tablas no son los grandes negociantes del *savoir faire*, sino los pobres muchachos sin colocación, cucarachas del romanticismo enterrado, que producen dramas soporíferos y tontos, no menos *iliterarios* que las *tramoyas* de los otros.

El teatro en general no muere; pero un *teatro*, el de tal parte, sobre todo, el de tal época, puede morir *definitivamente*. Y es una desgracia, pero una desgracia imperativa, y que puede ser gloriosa, ser artista de corazón, de facultades, verdadera, en estos tiempos de lenta agonía. Pero ¿qué hacer? Resignarse y trabajar con fe *quand même*. Es el destino común de los artistas de todas clases en los días de decadencia. Los grandes movimientos sociales son más fuertes que los individuos aislados, son una corriente; y así como los defectos de los individuos en la época de desarrollo, de progreso, son poco perjudiciales para el perfeccionamiento general, y hasta se les suele encontrar cierta gracia, las perfecciones, las excelencias de los artistas de una *decadencia*, aunque conserven *individualmente* y desde un punto de vista estético todo su valor, son inútiles esfuerzos para contener la

caída. La crítica, hasta hoy predominante, no ha sabido tener en cuenta estas diferencias y ha juzgado *grosso modo* y con injusticia a los *grandes hombres* de las decadencias. Los méritos de algunos escritores latinos del Imperio, los de un Góngora y los de muchos poetas y novelistas de ahora han sido y son mal apreciados por esta confusión del esfuerzo personal y de la corrupción inevitable.

Cuando el enfermo toca la muerte y cierto alivio momentáneo engaña a los que le quieren y da descanso al que expira, el médico desprecia tales apariencias. Y con todo, son cantidades positivas que sólo puede apreciar en su calidad de esperanzas el que ha de llorar al muerto y en su calidad de tregua al dolor el que padece. Así, el artista de una decadencia, sin pretender dominarla, puede aplicarse a su obra con *entusiasmo personal*, con la esperanza de que alguien sabrá apreciar el valor *substantivo* individual de su esfuerzo; y, en todo caso, si no cabe tal esperanza, con la seguridad de satisfacer los anhelos de la propia conciencia.

Por todo lo cual, señorita Guerrero, no es desanimarla a usted, a lo menos en absoluto, el pintarle con tan negros colores el estado de nuestra escena patria.

Y antes de continuar, advierto que el usar yo de este lenguaje y el referirme a ciertas *filoso-*

fías es indicio de que supongo en usted conocimientos y hábitos de reflexión que en usted han de existir si en efecto es una *actriz distinguida*.

CLARÍN.»

«PALIQUE

A la señorita Guerrero, primera dama del teatro Español: Cuando yo me preparaba a continuar esta media correspondencia a que estoy con usted (sin aspirar a completarla), llegó a mi noticia que habían estrenado ustedes un drama titulado *Los Irresponsables*, en el cual la mayor parte de los críticos, o por lo menos de los gacetilleros, habían encontrado

dulce el borde, amargo el fondo,

como dice la dolora de Campoamor; y supe también, no sé si con pena o con placer, que usted no había gustado a los señores en esta obra tanto como en *Don Juan Tenorio* y *El Vergonzoso en Palacio*. No puede ser llegar siempre a la misma altura, y aunque yo no puedo hablar más que de oídas, se me antoja que, caso de ser imperfecta en algo, más vale que usted lo haya sido en el papel de esa irresponsable que en el de Magdalena o en el de Doña Inés del alma mía.

Recordará usted, si lee estas cartas, que no necesita devolverme, aunque acabemos por reñir, que no lo espero; recordará usted que le señalaba yo días atrás como un peligro las malas compañías; pues en seguida me tocaba indicarle otro peligro mayor todavía: las malas comedias. Y quien dice comedias dice dramas, por supuesto.

Y en eso estamos.

A usted le han hecho representar el papel de una señorita que se deja seducir por un hombre casado, pero sin saber de este impedimento dirimente; y los periódicos han achacado la frialdad con que usted interpretó su personaje a la repugnancia moral de figurar una joven impúdica que, después de tener abiertos los ojos y saber que la han engañado, insiste en querer a su novio.

A mí me parece que no han dado en el quid esos psicólogos de las revistas. Como señorita, yo creo que usted hará perfectamente en no enamorarse jamás de un hombre casado... que no sea su marido; pero en cuanto actriz, no creo que haya inconveniente en que ame usted a quien le manden, siempre que se lo manden con buenos modos, quiero decir, sin ripios, ni vulgaridades, ni insulseces. ¡Bueno fuera que las cómicas hicieran la competencia a los *censores* de Roma, o por lo menos a la previa censura

eclesiástica, restaurada por el Congreso Católico de Zaragoza! Por ese camino podríamos llegar al extremo de que una Fedra (del Corazón de Jesús como *particulara)* no quisiera enamorarse de su hijastro Hipólito sino a condición de pedir a Roma una dispensa o una bula de *singularis natura*. Yo estoy casi seguro de que usted sería capaz de representar, con todo el calor natural que pudiera, la madrastra de *El castigo sin venganza* y la *Francesca* de Silvio Pellico, sin remordimiento de conciencia. ¿Por qué había de repugnarle el papel de una joven seducida, engañada y que sigue enamorada aun después de descubierto el engaño, y no le había de repugnar el de una monja que va a profesar y se deja seducir por un libertino? ¿Es tampoco un modelo de recato aquella doña Magdalena que seduce a un escribiente, a un secretario o maestro, o como le queramos llamar, se le queja de que siempre se la da con pelo (la pluma) y le dice para que se anime:

> Mirad que al que es cortesano
> le dan al darle la mano
> para muchas cosas pie?

Lo que yo me inclino a creer es que usted no quiso, o no pudo, esmerarse en *Los Irresponsables* porque no vió allí carácter, ni poesía, ni nada.

¡Ojalá hubiera sido por eso! Entonces sí que mis esperanzas de que usted sea una verdadera artista, de meollo, de gusto, irían viento en popa.

Porque ¿quiere usted que le diga la verdad? De todos los que han hablado de *Los Irresponsables*, el que me parece que ha dado en el clavo es un señor que firma «El Indolente», en *El Globo*, y que ha dicho que el drama ese no era malo por la tesis ni por la antítesis, sino por la síntesis; vamos, que era malo de pies a cabeza, por las bobadas que decía, por las vulgaridades que enjaretaba, por la mala prosa de los empecatados versos y demás. Así debe de ser, y aunque yo no puedo jurarlo, apuesto doble contra sencillo a que el drama es tan malo como dice ese señor «Indolente», que es hombre de gusto y sin pelos en la lengua. Repito que no le conozco; y más diré, que no en todo y por todo me es simpático; verbigracia: no me lo es porque es un *estilista* de los que se *escuchan*. Pero esta vez tiene una razón como un templo. Yo he leído muchos versos, escenas casi enteras de *Los Irresponsables* en los periódicos, que han escogido lo que más les ha agradado.

Y todo aquello era una serie de bobadas, de ripios de palabra, pensamiento y obra; todo anodino, manoseado, manido, intolerable.

Ese sistema descriptivo y narrativo de los

imitadores de imitadores sólo puede agradar a gente desprovista de sentido estético y de experiencia de arte.

La receta es fácil: para la aparente concisión de tales *cuadros* en redondillas, basta con la elipsis más o menos violenta del verbo; y después sustantivos emparejados, antítesis y vamos andando; verbigracia:

Allí arriba todo luz,
aquí abajo todo negro,
junto al lecho un ataúd,
y en el ataúd mi suegro.

Estas quisicosas me recuerdan las parodias que improvisaba un compañero mío para burlarse de los poetas de álbum y periódico de modas:

Yo soy el abrigo, tú el cefirillo;
tú eres la rosca, yo el panecillo...
el ave tú...

Hace usted perfectamente, señorita, en no querer molestarse *sobre motivos* de fiambres cursis, de poesía falsa, de imitación de tercer grado. Y otro día continuaré. Quedamos por hoy en que una joven, aunque no debe hacerlo, puede enamorarse de un hombre casado y no soltarle ni a tres tirones; pero si a esa joven la lleva a las tablas un señorito que no es poeta dramá-

tico, la niña desgraciada no será poética, aunque queramos admitir que no es responsable. Los responsables de todo esto son Cañete y los suyos. Por cultivar en sus caldos críticos el *bacilum* de la *tontera* literaria.

CLARÍN.»

LOS AUTORES DE LA CASA

CAPITULO XI

ECHEGARAY

Una o dos obras por temporada.—La lista de títulos.—La mala memoria de don José.—Los cigarrillos y los bombones.—La levita de pieles.—De otra estirpe.—Los papeles a la medida.—El banquete de autores.

Gran parte de nuestras entrevistas con doña María Guerrero y don Fernando Díaz de Mendoza para la confección de este libro, han sido dedicadas a los autores de la casa.

Las relaciones de los ilustres comediantes con Echegaray, Galdós, Benavente, los Quintero, Linares Rivas, Guimerá, Marquina, Sellés, Martínez Sierra, Villaespesa y demás insignes autores que con María y Fernando cosecharon aplausos y gloria, habían de estar forzosamente llenas de anécdotas y frases y detalles siempre interesantes para una obra que, como ésta, pretende ante todo ser amena.

Empecemos, pues, por Echegaray.

Ya hemos dicho en otro lugar de este libro, que, desde *Mancha que limpia*, don José sólo escribió para Marilta, como él le llamaba, y para Fernando. Echegaray sentía hacia el matrimonio ilustre, intérpretes incomparables de su teatro, un cariño verdaderamente paternal. María y Fernando correspondían a don José con una solicitud y un afecto filiales.

Cuando preguntamos pequeños detalles acerca del glorioso dramaturgo, Fernando Díaz de Mendoza nos dice:

—Don José nos daba una o dos obras por temporada. Recordaba sus producciones por los títulos. A lo mejor estábamos charlando en el saloncillo y de pronto don José me decía:

—Apunte usted este título.

—Luego—sigue Fernando—, al pedirle nosotros una obra, don José nos decía:

—¿Qué títulos teníamos guardados?

Se leía la lista de títulos y Echegaray, que recordaba por ellos los argumentos, elegía el que entonces más le gustaba y enviaba a los pocos días el primer acto.

—Don José—continúa Díaz de Mendoza—tenía muy mala memoria y era además muy distraído. De un acto a otro se le olvidaban los nombres de los personajes.

Echegaray fumaba extraordinariamente. Pero,

por regla general, cigarrillos de papel. Con uno encendía otro. Era también muy goloso. En el saloncillo de María y Fernando, siempre se le colocaba en la pared, al lado de su sitio y a cómodo alcance de su mano, una tablilla con cigarros y unos bombones en hilera, que don José iba poco a poco paladeando como un perfecto sibarita.

Por aquella época, el chiste hacía furor. Nadie que se preciase en algo podía pronunciar media docena de palabras sin intercalar entre ellas el consabido chiste. El saloncillo del Español era, por otra parte, el palacio del chiste. De allí salían, para difundirse por el resto de España, las frases ingeniosas, mordaces, ligeras y graciosas que en el curso de aquellas chácharas deliciosas se deslizaban en aquel grupo de representantes de las letras patrias.

Eran asiduos de aquella peña: Echegaray, que no faltaba ni una sola noche, y Galdós, Guimerá, Sellés y Francos Rodríguez, entre otros.

Todos rivalizaban con fortuna análoga en el cultivo del chiste. Y todos los chistes, buenos y malos, sin distinción de clases ni de personas, eran pateados por igual. Sólo se respetaban los de don José, quien alguna que otra vez intervenía para decir:

—Ese está bien. Está bien. No hay por qué protestarlo.

Pero el criterio era cerrado, y sólo los chistes de Echegaray se salvaban. Se dió cuenta de ello don José, y desde entonces cada día los hacía peores. Hasta que una noche hizo uno tan malo, ¡tan malo!, que el público se le echó encima. Cuando terminaron las protestas, don José, lentamente y sonriendo complacido, dijo:

—Gracias a Dios que se atreven ustedes conmigo. Llevo un mes haciendo chistes malos, y ya creía que no conseguía el pateo.

—Ultimamente—nos dice María—parecía un niño. Cuando venía de algún banquete con aquella levita suya forrada de pieles que le permitía alardear de poco friolero, y yo le decía: «Parece que viene usted contento, don José», me contestaba: «Sí, Mariíta, sí. Hoy vengo de *otra estirpe*.»

Como todos los autores que escriben ya para una compañía determinada, Echegaray, desde que sólo dió obras a María y Fernando, hacía siempre los papeles a la medida, acordándose de todas las personas de la compañía y buscando siempre para todos la forma de más lucimiento.

A propósito de este detalle, María nos refiere cómo don José no se olvidaba en ninguna de sus obras de hacer un papel para la señorita Matilde Bueno. Y un papel de criada.

—Y ¿saben ustedes por qué?—nos dice doña María—. Porque Matilde Bueno había hecho la

criadita de *Mancha que limpia* y la había hecho a gusto de don José.

***

Todos los años, el día de Reyes, Echegaray daba en su casa un almuerzo que se llamaba de autores, y al que asistían los contertulios del saloncillo. Al último de ellos asistió el ilustre autor francés Paul Hervieu.

***

En sus últimos años la vida del dramaturgo insigne era de una absoluta sencillez. De su casa al Ateneo. De allí al teatro, donde pasaba la tarde. Y por la noche vuelta al teatro.

—¿Y así siempre?—preguntamos.

—Siempre—nos responde doña María—. La última persona que salía del teatro era él.

***

—¿Cuántas obras de don José estrenaron ustedes?

—Muchas. Además, y después de *Mancha que limpia*, *El estigma*, *Malas herencias*, que se estrenó en Montevideo; *El hombre negro*, *La ca-*

lumnia por castigo, que empezó el pateo en la primera escena; *El loco Dios*, que antes que en Madrid se estrenó en Méjico, París y Barcelona, y la última de todas *A fuerza de arrastrarse*, cuando ya le habían concedido el premio Nobel.

CAPÍTULO XII

GALDÓS

Cuándo conoció María al maestro.—La primera obra estrenada.—Don Benito sigue con Mario.—«Mariucha.»—El calvario de Galdós con «El Abuelo».—Nadie quiere estrenarlo.—El talento y la bondad de Fernando.—El éxito.—Otras obras de Galdós.—Una frase de don Benito.—Una colaboración insospechada.—¡Es que eso es mucho más difícil!

Después de Echegaray, don Benito es el autor más antiguo de la casa Guerrero-Mendoza.

María Guerrero conoció a Galdós el año 92, en el teatro de la Comedia y con motivo del estreno de *Realidad* por la compañía que acaudillaba Mario.

Con la misma compañía y en el mismo teatro, la entonces señorita Guerrero estrenó de don Benito otras dos de sus gloriosas obras: *La loca de la casa*, que se representó por primera vez el 93, y *La de San Quintín*, que se puso el 94.

Al separarse María Guerrero de Mario para

formar empresa y compañía que actuase en el Español, don Benito siguió con don Emilio y dió a éste *Doña Perfecta.*

Pasado algún tiempo, Pérez Galdós dió *Voluntad,* para el Español.

*
* *

Aun pasaron algunos años más sin que la compañía Guerrero-Mendoza estrenase ninguna nueva obra de don Benito.

Después de este paréntesis se estrenó *Mariucha* en el teatro Eldorado, de Barcelona. Por cierto que durante los ensayos de esta obra ocurrió algo que merece quedar consignado en este libro, como prueba de la bondad y del talento artístico de ese actor formidable que se llama Fernando Díaz de Mendoza, y que tan merecidamente comparte con su insigne esposa el cetro de la escena española.

Una tarde ensayábase, como ya decimos, *Mariucha,* y Galdós, durante uno de los descansos, lamentábase ante María y Fernando de la mala suerte de su obra *El Abuelo,* para la que no encontraba empresa ni actor.

—Vengo de ver a Paladini, que tampoco ha querido hacerlo.

Entonces Fernando inquirió:

—¿Que no quieren hacerlo?

Don Benito repitió:

—No quiere hacerlo nadie.

—Yo lo haré—dijo sencillamente Díaz de Mendoza.

Y al poco tiempo se estrenaba *El Abuelo* y lograba el éxito clamoroso que merecía, gracias a la inteligencia de ese gran señor que supo ser al mismo tiempo un gran comediante.

El Abuelo se puso en el Español durante cincuenta y tantas noches consecutivas, con llenos imponentes.

Al recordar estos detalles, doña María Guerrero ha dicho a los autores de este libro:

—Para mi gusto, es la mejor obra de don Benito.

Después hemos seguido hablando del glorioso maestro de las letras patrias, y doña María, con un acento en el que se adivinaba una enorme y profunda admiración, ha exclamado:

—¡Galdós no tiene decadencia! Es de esos hombres que mientras tengan luz pueden hacer una obra maestra.

A continuación de *El Abuelo*, la compañía Guerrero-Mendoza estrenó de Galdós *Bárbara* y *Alcestes*.

Y a propósito de *Alcestes*, vamos a recoger una frase de don Benito.

Se comentaba en una tertulia literaria a la que asistía el insigne autor de los *Episodios Na-*

cionales, con motivo del estreno de una obra, el derroche de lujo y de buen gusto con que presentaban todas las comedias María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza. Alguien exclamó:

—¡Es enorme! ¡Hay que ver cómo ponen las obras!

A lo que don Benito, algo dolorido porque su *Alcestes* no había durado en el cartel todo el tiempo que él hubiera deseado, repuso:

—¡Y cómo las quitan!

Cuando preguntamos a doña María algunos detalles curiosos y amenos acerca de sus relaciones con el maestro, la señora Guerrero nos responde:

—Don Benito es como era don José, muy sencillo y muy goloso. Durante la época de Barcelona, en que vivió con nosotros, había que ponerle cuatro y cinco postres de dulce.

Luego doña María queda pensativa un momento. Al fin rompe el silencio para decir:

—Estaba recordando una cosa que me ocurrió en Barcelona y que me hizo una gracia tremenda. Verán ustedes. Don Benito ha escrito siempre con lápiz. Y tenía por entonces un criado, especie de secretario particular y de ayuda de cámara, todo en una pieza, que le pasaba con tinta las cuartillas.

—Cierto día—sigue doña María—hablábamos Fernando y yo de la obra de Galdós, cuando,

de pronto, mi doncella que estaba presente, interviene en la conversación para decir con la mayor naturalidad de la tierra:

—Ahora *están* escribiendo otro drama.

Nos miramos con una misma mirada interrogadora y pregunté a la muchacha:

—¿Cómo que *están* escribiendo? ¿Quiénes?

—¿Quiénes van a ser, señorita?—repuso, en medio de una profunda estupefacción, la chica—; don Benito y su secretario.

—Pero ¡tonta!, si el que escribe es sólo don Benito—dije a mi doncella.

—Perdone usted, señorita—me repuso ella enérgica—. Lo he visto yo con mis propios ojos. Fulano (aquí el nombre del criado) es el que escribe con tinta. Don Benito no hace más que apuntar.

Soltamos Fernando y yo el trapo. Y entonces la pobre muchacha, mirándonos con una curiosidad sin límites, exclamó convencida e ingenua:

—Es que eso, lo de escribir con tinta, es mucho más difícil.

Al terminar el relato de la curiosa anécdota, doña María ríe, ríe, con risa franca y espontánea.

Y nosotros, que hemos ya robado aquella tarde al matrimonio ilustre más tiempo del que su mucho trabajo permite distraer, abandonamos el saloncito de la Princesa.

CAPITULO XIII

GUIMERÁ

Don Angel daba una obra cada año.—«Tierra Baja» la hizo para Fernando.—El último éxito de América.—Muy leal y muy bueno.—«Hay que quererlo.»

El insigne escritor catalán es uno de los más antiguos y constantes autores de la casa Guerrero-Mendoza. Unido al ilustre matrimonio por una amistad y un afecto fraternos, don Angel escribió durante muchos años sólo para estos próceres de la escena española.

En sus viajes a Madrid, Guimerá era huésped de sus intérpretes predilectos, cuando éstos habitaban un hotel en la calle de Ferraz.

—Nos quería muchísimo — dice la señora Guerrero—. Durante nuestras temporadas del Español, hizo para nosotros *María Rosa* y *Tierra Baja*, que la escribió expresamente para Fernando.

Con Echegaray y con Galdós, forma el in-

signe dramaturgo, honra de Cataluña y de España, el triunvirato de viejos y gloriosos autores de la compañía Guerrero-Mendoza. Guimerá ha sido y es, como firme sostén de las glorias de la escena española, una de las más poderosas columnas de esa empresa admirable que traspuso fronteras y mares cosechando laureles para las letras patrias.

Y—dato interesante—Guimerá, catalán, no estrenó durante muchos años en su lengua natal. Todas sus obras—*El Padre Juanico*, *La hija del mar*, *Agua que corre*, por no citar más—fueron antes conocidas del público en castellano y por la compañía Guerrero-Mendoza, para la que don Angel tuvo las primicias de casi todas sus grandes obras.

Al facilitarnos estos detalles, doña María y don Fernando tienen para el insigne dramaturgo frases de un afecto inmenso y una inmensa gratitud.

—Durante mucho tiempo nos dió una obra cada año. Nos habló también de *La fiesta del trigo*, pero no la llegamos a hacer.

—La última que hicimos de Guimerá—añade doña María—fué *La Araña*.

(Estas notas fueron tomadas durante la temporada 1918-1919, y antes, por lo tanto, del último y clamoroso éxito obtenido en América por el insigne matrimonio con la última produc-

ción de Guimerá: *El alma es mía*, obra que la Prensa y el público de Sud-América ha consagrado con un entusiasmo tan definitivo y rotundo que justifica la expectación con que es esperado en España el estreno de obra tan clamorosamente acogida.)

La señora Guerrero da por terminadas sus palabras acerca del glorioso escritor catalán, con estas frases:

—Es muy leal y se ha portado siempre muy bien con nosotros. No fuimos nunca a Barcelona sin que él acudiese asiduamente a nuestro saloncillo. Es una de esas personas a las que hay querer forzosamente.

A lo que nosotros añadimos mentalmente:

—Lo que viene a ser una nueva manifestación de su inmenso talento.

CAPÍTULO XIV

MARTÍNEZ SIERRA

«Primavera en otoño.»—«Mamá.»—«Canción de cuna.»—Las memorias de la Guerrero.—Catalina Bárcena.—Martínez Sierra y Eslava.—El joven maestro y guía.

Otro de los grandes literatos españoles que han desfilado por el teatro de la Princesa y que han sido interpretados por María Guerrero, es don Gregorio Martínez Sierra.

Martínez Sierra, prodigioso temperamento de escritor, hombre que se hizo a sí propio, en fuerza de voluntad y de talento, dramaturgo, novelista, poeta, sensibilidad maravillosa, estrenó con doña María dos comedias bellísimas: *Primavera en otoño* y *Mamá*. Al mismo tiempo casi representábase en Lara esa joya de nuestro arte contemporáneo que se titula *Canción de cuna*, y que es una obra maestra, colócable en el primer rango de las letras nacionales de toda

época, algo tan dulce y tan bello que no admite rival ni comparanza.

Al hablarnos de Martínez Sierra, doña María lo hace con simpatía:

—Se hizo de casa, de los nuestros—nos dice—; después...

Ella titubea un instante:

—Después se alejó. Pero yo creo que volverá. Entre nosotros nada extraordinario ha ocurrido.

Doña María hace una pausa y evoca:

—Por cierto que Gregorio ha sido el primero que me habló de unas posibles memorias mías. Yo le dije que si no las escribía con él no las escribiría con nadie.

Nosotros, pues, autores de estas modestas y sencillas memorias, tenemos que lamentar no sea tan egregio literato quien plasme con su admirable estilo la vida de la ilustre actriz, aunque, eso sí, nos agrade haber coincidido en el pensamiento con el querido maestro y a las veces tutor.

*
* *

Gregorio Martínez Sierra, notorio es, ha tenido y tiene su teatro: Eslava. En ese coliseo, ayer nido ramplón de zarzuelillas sicalípticas, ha desplegado la multiplicidad de su talento, hasta convertirlo en una cosa magna y aparte.

Allí ha innovado, ha creado. Allí estrenó sus últimas comedias, tan peregrinas. Allí ha sido mentor y guiador de otros literatos más jóvenes, que seguirían probablemente inéditos a no haberles asistido su generosidad...

Nos es grato a los autores de este libro dedicarle no unos vulgares elogios, sino la más clara expresión de nuestra admiración y de nuestro cariño.

Y también debemos recordar ahora a la maravillosa intérprete de Martínez Sierra, a Catalina Bárcena, actriz suprema, la voz más bonita del mundo, el gesto más dulce y armonioso, esa señora Bárcena que tiene de la Guerrero y de la Pino, y que...

Mucho han hecho por el arte patrio María Guerrero y Díaz de Mendoza, pero la obra que Martínez Sierra viene realizando ayudado por la señora Bárcena, no es menor. Así como la Princesa ha sido el teatro creador, Eslava es el teatro derivador, progresivo, futuro... Merced al maestro de *Canción de cuna*, han tenido teatro Sassone, Grau, Abril, Tomás Borrás, Antón del Olmet, los que todavía empiezan. La juventud que tiene a Martínez Sierra por compañero y guía, sabe todo lo que significa esto.

CAPITULO XV

LINARES RIVAS

Lo de «La garra».—El enfado de don Manuel.—«Aires de fuera».—Triste coincidencia.—Triunfo y luto.—Una amistad que debe reanudarse.

—Manolito se incomodó cuando lo de *La garra*—nos ha dicho María Guerrero.

Después, la comedianta insigne nos ha ido relatando la historia de su amistad con el autor de *Cobardías*.

La primera obra de Linares que estrenó el matrimonio Guerrero-Mendoza, fué *Aires de fuera*. Por cierto que la misma noche del estreno, el novel autor que triunfaba vió amargado su triunfo por la pérdida de su padre.

—Nosotros—ha añadido doña María—le queríamos mucho. Era como de la familia. Ningún año nos faltaba su obra.

—Y ¿cómo fué lo de *La garra*?

—Todavía no hemos conseguido explicárnoslo.

—Pero lo indiscutible es que una mañana Fernando recibió una carta de Linares en la que éste retiraba su obra, prohibiendo, además, terminantemente que se representase aquella noche. Eran las once de la mañana. Comprenderán ustedes que nos expuso al contratiempo de no poder dar aquel día función.

—Es que se dijo que el abono había protestado del carácter de la obra. Y acaso el señor Linares Rivas temió perjudicar los intereses de ustedes.

—No. La obra no nos perjudicaba. Se había hecho en América y aquí. El abono no protestó nunca. Manolito se enfadó porque leyó en la Prensa que se había leído *El duque de El* y por que se anunciaron las últimas representaciones en los sueltos de contaduría y en los carteles.

—Entonces, ¿ustedes pensaban retirar la obra?

—No. Anunciábamos las últimas representaciones como lo habíamos hecho con otras obras mucho antes de que desaparecieran del cartel, a fin de estimular a los remolones y a los reacios. Las últimas representaciones de *La malquerida* se anunciaron infinidad de veces. En cuanto a la lectura de *El duque de El*, desde

que se lee una obra hasta que se estrena media mucho tiempo.

—Lo que sí ocurría—prosigue la señora Guerrero—era que no venía mucha gente, porque *La garra*, como *El destino manda*, de Paul Hervieu, no hacían cartel en este teatro, que tiene un público acostumbrado a los tres actos. Por lo demás, las dos noches que más gustó la obra y más éxito tuvo y más fué aplaudida, fueron el miércoles y el sábado. Ya ven ustedes, ¡el sábado! ¡Día blanco!

—Y ¿no han vuelto ustedes a verse?

—Sí. Además, nos queremos mutuamente. Nosotros queremos a Manolito y Manolito nos quiere a nosotros. Cuando se encuentra con los chicos está con ellos cariñosísimo. Ya se le pasará—termina diciendo doña María.

Y nosotros, que después de oir a la admirada actriz, creemos, como ella, que esto sólo será un pasajero enfriamiento de relaciones, hacemos votos por que el señor Linares Rivas deponga en breve su actitud, que si bien priva a la Empresa de la Princesa de su concurso valiosísimo, a él le resta un escenario prestigioso, y vuelva pronto a reanudar una amistad que puede y debe dar muchos días de gloria al arte escénico español.

Así sea.

CAPITULO XVI

BENAVENTE

La amistad con el señor Benavente es anterior a su producción artística.—Jacinto se enfada.—Hacen las paces y les entrega «La malquerida».—«Se la brindo a usted a ver si sale como el toro del Gallo.»—«No es para sábados blancos.»—Otros detalles.

Cuando en el curso de nuestras entrevistas con el matrimonio Guerrero-Mendoza llegó el turno al señor Benavente, doña María nos dijo:

—La primera obra suya que estrenamos fué *La noche del sábado,* en el Español.

Sin embargo, las relaciones del conocido comediógrafo con la insigne actriz datan de fecha más lejana. Doña María conoció al señor Benavente cuando aún éste no se había dedicado al arte escénico. La familia del señor Benavente, unida a la de Mario por vínculos de estrecha y sólida amistad, eran asiduos del teatro de la Co-

media en la época en que la actriz señorita Guerrero daba allí los primeros pasos de la que fué más tarde su triunfal carrera.

—Después—añade doña María—estrenamos, siempre en el Español, *Rosas de Otoño*, *La princesa Bebé*, *Más fuerte que el amor*, *La sobrecalienta* y *El dragón de fuego*.

Doña María Guerrero hace una pequeña pausa y prosigue:

—Luego, en nuestras relaciones hubo un largo paréntesis, cuyo misterio no hemos podido jamás desentrañar. Jacinto se distanció de nosotros sin que mediase el más insignificante rozamiento, sin el más mínimo disgusto, ni una queja, ni una explicación, nada...

María y Fernando preguntaban todos los años al conocido autor si les reservaba obra. Pero el señor Benavente callaba, sin que fuesen bastantes a sacarle de su mutismo inexplicable las disculpas constantes que el ilustre matrimonio le daba por los supuestos agravios inconscientes que hubieran dado lugar a su actitud.

Por esta razón, la compañía Guerrero-Mendoza estuvo varias temporadas sin estrenar nada del señor Benavente.

Y un día, inesperadamente, como la ruptura, surgió la reconciliación, que fué por cierto plena, magnífica y memorable.

El señor Benavente anunció a los ilustres co-

mediantes *La malquerida*. Al hacerlo dijo a doña María:

—Es obra que brindo a usted. ¡A ver si sale mejor que el toro que la brindó el *Gallo*!

Aludía con esto el señor Benavente a un toro que el *Gallo* brindara a doña María en Sevilla y con el que realizó tan maravillosa *faena*, que pasó a la historia de la tauromaquia con el nombre de *el toro de la Guerrero*. Después de hecha esta aclaración, doña María sigue hablándonos de *La malquerida*.

El señor Benavente fué enviando la obra a sus intérpretes, por actos. El primero lo envió a Logroño, donde se encontraba actuando la compañía. El segundo, leído en Madrid, fué un éxito inmenso.

—Pero hasta el final—nos dice nuestra insigne interlocutora—no nos explicamos por qué Jacinto había dicho que no era obra para *sábados blancos*.

La señora Guerrero sigue hablándonos del señor Benavente. Nos relata pequeños detalles de su carácter y hace grandes elogios de su talento. Nos asegura que es sencillo en sus gustos, como Galdós y Echegaray, y que posee un carácter encantador y ameno. Afirma que, contra lo que de él se ha dicho, es en extremo trabajador. Y a este propósito añade:

—Uno de los años que más se le tachaba de

haragán estrenó cuatro obras en varios actos.

—También tiene fama—nos dice—de no preocuparse de los ensayos. Pero si hace una observación, es exacta y da inmediatamente la idea de lo que debe ser. Tiene también condiciones de director artístico. Las obras las va haciendo por trozos que luego acopla y pule.

Y nada más que valiese la pena de ser recogido hablamos del señor Benavente con el insigne matrimonio.

CAPITULO XVII

LOS QUINTERO

Obras primeras.—Los grandes éxitos.—La crítica y los egregios escritores sevillanos.—Pleitesía justa.

—Sí... Antes de ser nosotros lo que somos, ya estrenaron algo Serafín y Joaquín en el Español. Fué una cosita breve. La primera obra seria que interpretamos de los aplaudidos autores fué *La zagala*, gran éxito.

Esto nos dice Díaz de Mendoza dando sus paseos rápidos por el saloncillo, en la boca un estupendo habano, y en la faz, risa de grata evocación.

—¿Después...?

—Después infinidad de comedias.

—Vengan títulos.

—*El genio alegre*, un triunfo enorme, aplastante; *Amores y amoríos*, *Malvaloca*...

—¡Bonito tríptico!

—Pero antes habían estrenado otras cosas...

—Sí... de menor importancia: *La pena, Rosa y Rosita, Los meritorios...*

—Y más tarde, otros éxitos formidables...

—Entre los que pueden ustedes anotar *El duque de El, La Musa loca* y ese encanto, prodigio teatral, que se titula *La flor de la vida*, comedia en tres actos, que se desenvuelve con dos personajes únicamente, María y yo, sin que la obra desmaye un instante, siempre interesante y emotiva.

—¿Ultimamente?

—*La calumniada*, comedia de simbolismo, españolista, que ha sido más sentida y estimada en América que aquí.

—¿Son los ilustres Quintero muy amigos de ustedes?

—¡Oh, ya lo creo! Jacinto, los Quintero y Marquina son como de la familia. Ellos consideran a Marquina como al «niño de la casa».

* * *

Por cuenta nuestra, ¿qué decir de los maravillosos escritores sevillanos? Sus sainetes andaluces bastarían por sí mismos para que el nombre de los Quintero quede perenne en la historia del teatro nacional. Son, tal vez, lo más na-

cional de España. Tienen de Quevedo y de Cervantes. ¿Que no evolucionan? ¿Y qué...? Aquí, en España, es la crítica demasiado exigente. Aspira a que los artistas sean una especie de números de variedades, cada año con telones y trajes nuevos. Los artistas que un día hicieron algo, ganaron ese día su pedestal, y no es razonable coaccionarles con absurdos. *La mala sombra* basta para consagrar a los Quintero. ¿Que no evolucionan? ¿Para qué? ¿Ha evolucionado Anatole France? ¿Y Zola? Siempre fueron Zola y Anatole. Aquí se aspira a que de una misma pluma salgan todos los días temas y estilos nuevos. Y eso tan sólo Dios podría hacerlo; El, que es el Todo. Bendigámosle por habernos donado la gracia y el realismo de tan preclaros escritores, y no tengamos descabelladas exigencias.

CAPITULO XVIII

VALLE-INCLAN, VILLAESPESA Y MEDINA

Don Ramón se enfada.—Paco Villaespesa.—Una obra devuelta.—El vate murciano.—Otros autores.—«Clarín.»

—¿Qué han estrenado ustedes de don Ramón del Valle-Inclán?

—*Voces de gesta* y *La marquesa Rosalinda*. Las dos gustaron.

—Y don Ramón, ¿no ha insistido?

Díaz de Mendoza se pone un poco triste:

—No. Valle-Inclán se enfadó un día con nosotros no sé por qué, no recuerdo por qué, y nada más nos ha traído para su estreno.

Y es lástima—pensamos nosotros—pues aun no siendo Valle-Inclán esa cosa que se llama un hombre de teatro, es un literato maravilloso, y sus obras, llenas de imaginación y de aristo-

crática falsedad, nos dejaban en el ánimo una dulce huella de selección.

* * *

Pasamos a Paco Villaespesa, hoy remoto, deambulando por nuestra América.

—¿Qué estrenaron ustedes del poeta almeriense?

—*El Alcázar de las Perlas*, obra de éxito, que le valió al ilustre vate un gran homenaje en Granada, cuando allí lo representamos; *Doña María de Padilla*, *La leona de Castilla*. Nada más.

—¿Nada más?

Don Fernando se vuelve a poner un poco triste:

—Nos entregó, antes de su viaje, *La maja de Goya*, pero no me gustó y se la devolví cortésmente.

Esto lo dice el gran actor con melancolía. Nosotros evocamos al temperamentalísimo poeta Villaespesa, y recordamos viejos días bohemios. ¿Qué será del gran rimador? España le fué un poco inhóspita. ¿Habrá hallado allende el mar su nueva patria cervantina?

* * *

Pasamos a Vicente Medina:

—De Medina, el maravilloso, ingenuo poeta

murciano, estrenamos *En lo obscuro,* obra de costumbres locales.

—¿Gustó?

—Pasó.

¡Oh, el inmenso Vicente Medina, hermano ibérico de Gabriel y Galán: qué ingrato ha sido también para ti el público de la farándula!

***

—¿Ha estrenado algo Pío Baroja?

—*El cometa*, la primera y creo que única comedia del gran novelista.

—No fué un gran éxito...

—Respetuoso.

***

—¿Y del gran Cavestany?

—De Cavestany hemos estrenado bastante labor.

—Vengan títulos.

—*Sofía*, *Nerón*, *El emir* y *Los tres galanes de Estrella*.

—Cosa rica, ¿no?

—Cosa rica.

***

—De Luis Ansorena, su obra única, *Petrilla*.

*
* *

—Como verán ustedes, y nombremos por último a don José Rincón Lazcano, autor de *Espigas de un haz*, han desfilado por mi escena la mayor parte de los autores españoles. De los autores teatrales y no teatrales.

—¿Salvador Rueda, otro ilustre emigrante, no hizo algo?

—Sí. *La musa*.

—Y creemos recordar que hicieron ustedes algo de *Clarín*.

—Enorme. Estrenamos *Teresa*, del admirable crítico. Jamás hemos sido víctimas de un pateo tan espantoso. El teatro se venía abajo.

—Y ¿por qué eso?

—¡Qué sé yo...! La comedia, eso sí, era larguita. Y a pesar de que Balart y Galdós la cortaron mucho y suprimieron escenas enteras pesó, y cayó al foso.

—Es interesante ese fracaso de *Clarín*. Realmente se queda uno estupefacto ante la severidad del público con las grandes figuras literarias. En cambio, es a veces demasiado benévolo con otros...

Y nombramos al inmenso Muñoz Seca, al reformador, al colosal.

Pero Perico merece capítulo aparte.

CAPITULO XIX

MUÑOZ SECA

Obras estrenadas.—Un juicio teosófico acerca del autor cumbre.—No es chirigota, ¿eh?

Y llegamos a don Pedro Muñoz Seca, M. Seca, como escribió un día en *El Parlamentario* Ramos de Castro, el zumbante «Microbio».

—¿Qué han estrenado ustedes de Muñoz Seca?

—Antes de *El último pecado* nos había leído Muñoz Seca algunas comedias que no acabaron de agradarnos. Por fin le hicimos esa. Luego, *La verdad de la mentira*, que se puso por vez primera en Montevideo, y después en Santiago de Chile.

—Por fin—decimos—, *El condado de Mairena*, ¿no tuvo antes otro título?

—Sí. *El millón de duros.*

***

Pero al llegar a Muñoz Seca, que es el autor español actual predilecto del público, no tenemos más remedio que detenernos un rato, por tratarse de persona tan sugerente.

Y para ello nada mejor que reproducir parte de la crónica que uno de los autores de este libro dedicó al muñozsequismo en *Heraldo de Madrid*. En ella se analiza al autor de *Pastor y Borrego* en toda su complejidad.

He aquí el diseño periodístico:

«PARADOJAS

LA TRIBUTACIÓN DE LOS INTELECTUALES

Para el ministro de Hacienda.

Está bien que se recargue la contribución a los latifundinos, a los dueños de cotos cetreros, a los que tienen solares—yo detesto esas calvas urbanas, tan miserables y tan hoscas—, a los que acrecentaron de manera desorbitada sus ingresos con motivo de la guerra, realizando exportaciones fabulosas. Está bien que se meta en una vereda más caritativa para el fisco a las órdenes monásticas. Se debieran suprimir las cesantías de los ministros. Los toreros están en el deber de pagar formidable cédula; y así los abo-

gados de bufete deforme, y así todos los ilustres y simpáticos logreros de la vida. Pero ¡ensañarse con la llamada propiedad intelectual!

El ministro de Hacienda, ¿ha publicado algún libro?, ¿ha escrito una comedia o drama?, ¿ha pintado un abanico? ¿se le ha ocurrido un madrigal?, ¿conoce el uso de las corcheas y de las semifusas? Yo le ruego al ministro que pruebe. Abandone por un año al Argos bienhechor, y déjese acariciar por la casquivana Minerva. Al cabo de ese tiempo, el financiero que nos amenaza hoy con arrebatarnos la grasa de nuestras capas y el sebo de nuestros güitos, habrá comprendido que la llamada propiedad intelectual es vaca harto flaca para que nadie la ordeñe. Más aún. Acaso conciba la generosa idea de manumitir al intelectual, esclavo de nuestra época, triste payaso que si llena un día la panza, no vino la hartura de su arte célico, sino de su ingenio terrestre.

***

Lo que debiera hacerse con nosotros, los intelectuales, es ampararnos. Somos la flor inútil del jardín; pero somos flor. No tenemos cochura. No cabemos en la olla. Pero—se lo digo seriamente al ministro—acaso para la España internacional, de fronteras allá, constituyamos el único valor exportable.

Ateniéndonos exclusivamente al problema de América, ¿quién sostiene viva la llama ibérica en aquellos países?

Nosotros, con nuestros libros que el librero mordisquea y carcome; con nuestras comedias que las empresas castran; con nuestra pobretería de hidalgüelos cervantinos...

Merced a nosotros, Buenos Aires no habla francés, y Montevideo conoce al señor Allende-salazar. Es el producto intelectual español la mercancía sacra, averiada, pocha, extinta por la rapacidad de nuestros verdugos, pero dulce, eucaristía con la que comulgan allá cien millones de hermanos.

Hasta por egoísmo se nos debiera mimar un poco. ¿No cuida el esnobo a sus perros, la solterona a su loro, la vieja a su gato y el noble arruinado a sus pergaminos cubiertos de polilla?

Yo pido, en nombre de la conveniencia nacional, que se nos alimente con cierta largueza para evitar que nos vayamos muriendo uno a uno y que España se quede sin esa cosa inútil, pero interesante, que se llama el intelectual.

***

Pero ya que esto no se haga, ¡ensañarse con nosotros encima!

Si el ministro cometiera un día la triste ligereza de ser un genio, vería a qué abismo bajarían sus huesos mohosos.

Yo, que soy un literato del montón, puedo hablar ecuánimemente. ¿Cuántas obras llevaré publicadas? ¿Cincuenta? Tengo crítica política, costumbrismo, novela, drama, ironía, clasicismo, futurismo, arte pristino y sosegado, lucha fiera, biografía, versos... Todo humilde, pero complejo, atormentado, hijo de una cerebración inquieta, apasionada y viril. ¿Cuánto habré ganado con mis obras? Ahora pienso editar dos cosillas algo audaces—el pantorrilleo, amigazos; el jamoneo, chicuelos; el tobillerismo, sesentones—, para ver si consigo hacerme un traje de primavera. ¿Cuánto habré ganado con mis obras? El señor Sota se quedaría absorto si supiese que todo ese caudal puede jugarse, de una vez, a su apellido.

Antes, aún. ¿Pero ahora? Ahora ha encarecido el papel. Los obreros ganan mucho más. Y el librero—nuestro cómitre implacable—no le sigue haciendo ascos al 40 por 100, ni al 50, ni al 60, ¡ni al 80! El librero, que suele encontrar en los ratones el único gran consumidor de la literatura, sigue sintiendo la voluptuosidad favorita del abuelo Shylok.

Somos — poetas — irredimibles. Intentamos sindicarnos, y acaba derivando la sindicación

en un arma más para los proletarios, otra fusta que esgrima la Casa del Pueblo, una aberración. El poeta echándole versos al puchero de los albañiles. Caemos, airados, sobre empresas que son pobres tal vez, y que sufren nuestras dolencias, para arrastrarnos a los pies de otras empresas millonarias, de un farisaismo castrador, de un dudoso jesuitismo sucio. No. Yo prefiero libertad para mis ideas y mis emociones de literato, y un fraterno cacho de pan, que un poco más de miga sin el encanto de la improvisación, de la alegría camaraderil, del goce psíquico...

Carecemos de enmienda. Somos flor. Hay que enredarnos en las rejas. Debe cuidarnos un jardinero. Eternos menores de edad y de faltriquera. ¡Pobre gente!

Esto lo digo yo, que soy del montón, que formo en el estado llano de la intelectualidad, que no agujereo las nubes, sino que llevo en mí el eco sonoro de voces gigantes: un ripio de Quevedo, una ironía mocha de Cervantes, una observación vulgar de Eza, una ramplonería de Zola y un desacierto detallista de Anatole.

¿Y los de arriba? Los de arriba son diez: Zuloaga, Sorolla, Benlliure, Palacio Valdés, Benavente, los Quintero, Linares, Martínez Sierra, Arniches, Vives... Los tres primeros, que son ricos, hicieron su fortuna en otras latitudes. ¡Como el pincel y el cincel son cosmopolitas!

¿Los demás? ¿De qué marca usa Jacinto su automóvil? ¿Qué joyero engarzó los brillantes que Gregorio usa en la pechera de su camisola? ¿Tiene esclavos Serafín? ¿Monta a caballo Amadeo?

¿Y los de abajo? ¿Y los pobrecitos de abajo? ¿Y esos infelices que urden sus novelas en los cafés penumbrosos, deudores de la media tostada, y que luego salen a la calle sin gabán, tiritando de frío, en los ojos la luz de Baudelaire y en el cuerpo el hambre de Edgard Poe?

¿Es justo que se grave la tributación intelectual?

*
* *

Sólo existe, ante mis ojos, una excepción, que sería justa. He aludido al señor Muñoz Seca. Pero también quiero hoy defender a ese colega excelso.

Conformes, Fisco. El señor Muñoz Seca produce unas comedias muy extrañas y percibe unos dineros muy tangibles. Esto, que está fuera de toda crítica, es un hecho orondo. Pero...

Pero voy a lanzar un concepto inédito acerca del señor Muñoz Seca, compañero gentil, a quien por compañero amo. El concepto es éste. Muñoz Seca recoge, teosóficamente, la gloria, de que Cervantes no gozó en vida. ¡Así! Muñoz Seca es Cervantes mismo. ¡Ajajá!

Las almas—eso opino yo con mi maestro el señor Roso de Luna—, cuando parecen morir, sólo cambian de cuerpo. Es que se mudaron la ropa. El alma de Cervantes vive hoy bajo el chaquet de Perico. Dios, inmenso y justo, exclamó al nacer el señor Muñoz Seca:

—Anda, Miguel. Pasaste hambre cuando escribiste el *Quijote*. Pues ahora vas a ir en coche al estreno de *Fúcar XXI*.

¿No habéis observado que don Pedro tiene la belleza avellanada, hidalga, española y distinguida de Cervantes? Muñoz Seca podría usar gorguera, jubón acuchillado, espada fina del gentil Toledo. Su bigote, negro y largo, es un bigote del siglo áureo, un bigote casi velazqueño. Tiene la simpatía llana del hombre superior a la crítica y a la vanidad. Es modesto y amable. Posee un escepticismo cervantino alegre. Lo único que le diferencia de Cervantes es el estilo. Pero he dicho ya que está ahí precisamente la peculiaridad artística y teosófica del señor Muñoz Seca. Cervantes que colgó la péñola y se da un verde. Caló el chapeo, se subió la capa, soltó cien chistes y llenó la panza.

Acaso, pues, sería justo, desde el punto de vista hacendístico, hacerle pagar una fuerte contribución al autor de *Pastor y Borrago*. Pero ya he dado mi opinión personal. Muñoz Seca es Cervantes que se está desquitando. Caer so-

bre don Pedro sería como amargar, con usura, el festín raro y único del manco venerable.

*
* *

Espero que, leída esta sencilla crónica, el ministro de Hacienda suprimirá sus rigores contra los intelectuales. Ya que no nos defiendan y tutelen, ¡dejad siquiera que disfrutemos la triste excelsitud de nuestra pobreza y el egregio tesoro de nuestra volubilidad!

Es la granja. Precisa el granjero aumentarse los subsidios. En la pocilga gruñe el guarro. En el establo muge la vaca. Pasa un gorrión. Es inútil, sí, pero es el cantarín del campo, y se alimenta con unos granos que su pico escabulle. ¿Matar al gorrión? ¿Para qué? No hace cazuela. ¡Y es una voz alegre que dejaría de cantar su canto superfluo, pero grato a los niños, a las mujeres y a los soñadores!»

CAPÍTULO XX

MARQUINA Y OTROS AUTORES

Marquina es muy curioso.—La perezá de Sellés.—El enojo de Blasco.—Feliú y Codina.—La eximia condesa.

Seguimos entrevistándonos con don Fernando Díaz de Mendoza, y princ[illegible]imos nuestra tarea informadora sobre autores y estrenos.

Marquina. Llegamos al ilustre y castizo poeta:

—Díganos algo de Eduardo.

—¿Intimidades?

—Sí.

—Marquina es muy curioso. Tanto, que a veces nos ponemos a cuchichear para soliviantarlo. Él cree que se trata de secretos: va, viene, revuelve los papeles de María. Eduardo es como familia nuestra. Con su mujer y su hijo nos ha acompañado algunas veces a América. Lo queremos con toda el alma.

—¿Y qué han estrenado ustedes de Marquina?

—Lo primero que nos trajo fué la *La monja Teodora*, no representada. En el Español le hicimos *Las hijas del Cid*. Con *Doña María la Brava* inauguramos el teatro de la Princesa. También en este escenario representóse *En Flandes se ha puesto el sol*, la comedia de más éxito que produjo Marquina.

—¿Qué más obras han dado ustedes del simpático y querido autor?

—*El Rey trovador*, *Por los pecados del Rey*, *La gran capitana*, *El retablo de Arellano*, *Una mujer*, *Cuando florezcan los rosales* y *Alondra*.

***

Queremos saber de más estrenos y autores.

—¿Y de Sellés?—interrogamos.

—*Antonio y Cleopatra* y *La mujer de Lot*, que hemos estrenado de dos maneras diferentes.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Poco ha estrenado con ustedes el ilustre don Eugenio.

Mendoza replica:

—Sí. Don Eugenio es muy perezoso. Venía mucho al saloncillo, pero no escribía nada.

***

Eusebio Blasco.

—Eusebio Blasco—nos dice el conde de Balazote—estuvo enfadado con nosotros durante dos o tres años. Tan enfadado estuvo, que hizo contra nosotros una ruda e insistente campañ periodística.

—¿Y por qué fué el enojo?

—Porque no le quise poner *El mensajero de paz*. Le dije con franqueza que no me gustaba y que hiciera otra comedia, y riñó conmigo.

—Pero acabaron ustedes siendo amigos otra vez, ¿no?

—Ya lo creo. Cuando el pobre Blasco soportó la larga y cruel enfermedad que le dió muerte, sólo comía las gelatinas que María le hacía llevar a su casa diariamente.

*
* *

Feliú y Codina.

—Breve, pero intensa, fué la obra que Feliú y Codina hizo para usted, ¿no, don Fernando?

—En efecto. Es uno de nuestros orgullos.

—¿Qué le estrenaron ustedes?

—Primero *La real moza*, que no gustó. Luego, en la Comedia, con Mario, *La Dolores*. En el Español, *María del Carmen*.

—¿Intimidades del gran dramaturgo?

—Era un gran amigo nuestro. Y... detalle.

Aunque ferviente catalán, escribía siempre en castellano.

***

Doña Emilia.

—¿Y de la ilustre condesa de Pardo Bazán?

—Sólo una comedia hemos representado. *Verdad.*

—¿Y qué...?

—No me hable. Fué un fracaso enorme. Yo creo que la insigne escritora haría algo; pero ¡la trataron tan mal y tan injustamente aquella vez!

Y con estas confidencias damos por terminada esta parte del libro.

CAPITULO XXI

HABLANDO CON DOÑA MARÍA

No sabe lo que quiere decir el feminismo, ni le importa.—Doña María ha hecho siempre lo que ha querido.—La política le da sueño.—Predilección por «El gran galeoto». «No tengo tiempo de ser devota.»

Tratándose de una tan insigne personalidad femenina como la doña María Guerrero, era lógico e inevitable que los autores de este modesto libro interrogasen a la famosa actriz sobre su opinión acerca de la idea feminista, cada día más en boga y en auge.

Así, pues, preguntamos a la excelsa comedianta:

—¿Qué opina usted del feminismo?

Permaneció un instante en silencio doña María, perpleja y como ante una revelación, ante algo nuevo que, si no insospechado, jamás

mereció su reflexión, y terminó diciéndonos con sinceridad y feminidad deliciosas:

—No sé lo que quiere decir el feminismo. No me he detenido nunca a pensar en ello. Y es que, por lo visto, no he sentido aún la menor necesidad de cambiar el estado de cosas que me he encontrado.

Mi padre primero—continúa—, y mi marido después, me han dejado hacer siempre mi santa voluntad. Mi padre satisfizo siempre todos mis caprichos. Mi marido, tengo la suerte de que coincida conmigo en todas mis opiniones y todos mis deseos.

Por consiguiente—termina—, habiendo hecho siempre lo que me dió la gana (doña María lo dice así con toda sencillez), ¿para qué puedo yo ambicionar más derechos? ¡Si los tengo todos! ¡Comprenderán ustedes que no me interese ni poco ni mucho ni nada el feminismo!

Categórica y terminante la opinión sobre el feminismo de esta dama preclara, tan femenina y tan insigne, nosotros nos limitamos a reflejarla fielmente, sin añadir el menor comentario y seguros de que por boca de la admirada actriz han expuesto sus juicios la mayor parte de las mujeres españolas, por españolas y por mujeres tan ajenas a todas esas preocupaciones.

*
* *

—Y en política, doña María, ¿cuál es su credo?

La señora Guerrero ha hecho un gesto de profunda extrañeza.

—Me sucede exactamente igual que con el feminismo. No sé una jota de política. Cuando delante de mí hablan de *eso*—doña María recalca *eso* con desdén—me pasa lo mismo que cuando Fernando y Gregorio—alude al ilustre autor de *Canción de cuna*—hablaban horas y horas de la Sociedad de autores: me duermo.

Claro está—añade doña María—que esto no quiere decir que yo sea en absoluto iconoclasta en política. Tengo, como es lógico, porque en España todo el mundo lo tiene, un jefe, pero no en el terreno oficial, sino en el íntimo y familiar.

—Y ¿quién es ese jefe?

—¿Quién ha de ser?—exclama—. El alcalde, *nuestro alcalde*. El conde de Romanones, que fué quien, desde la Alcaldía de Madrid, nos dió el teatro Español, y que es desde entonces para nosotros el alcalde, nuestro alcalde.

*
* *

Terminamos nuestra entrevista con una pregunta:

—¿Cuál es su obra predilecta?

—No tengo predilección por ninguna. Las quiero a todas por igual. Sin embargo..., a *El gran galeoto*, aunque no lo estrené, le tengo mucho cariño.

Ya en pie, subsanamos un olvido:

—¿Es usted muy religiosa, doña María?

—Religiosa, sí; muy religiosa, no. Y, sobre todo, nada devota, ¡porque es que no tengo tiempo de ser devota!

CAPITULO XXII

LA CASA

Han vendido el hotel.—Un gran negocio.—Cómo viven ahora doña María y don Fernando.—La mansión del arte.

Hemos celebrado muchas de nuestras entrevistas con el matrimonio Mendoza-Guerrero en el confidencial y elegante saloncillo del teatro.

Pero esta noche de invierno madrileño nos reserva una sorpresa. Cuando llegamos a la Princesa nos dice el portero:

—Suban ustedes a casa del señor.

Un ascensor revestido de damasco nos encarama hasta el último piso. De aquello, que eran almacenes o desvanes inútiles, ha hecho el buen gusto una vivienda holgada, confortable, espléndida.

Doña María nos muestra la casa con alegría

y hechizo. Ella ha sido el arquitecto. De ella es fruto aquel paraíso.

Hay un bonito recibimiento, y luego un salón enorme, formidable, verdadero museo, lleno de cuadros, esculturas, tapices, alfombras, muebles lujosos, rincón supremo de arte y de elegancia. Vemos el dormitorio de doña María con su lecho de reina, digno de servir a Isabel la Católica, y el dormitorio de Mendoza, sin cama aparente, garzonera muchachesca y de una sencillez lujosa y británica.

Nada tan original ni tan precioso como esta casa.

Nos dicen:

—Nosotros hemos vivido siempre en el teatro. Hasta comíamos aquí. Tener el hogar fuera nos resultaba absurdo e incómodo. Vimos los almacenes y convinimos en que había capricio en ellos para hacer una buena casa. Gastamos algunos miles de pesetas, y ya ven ustedes...

—Vemos que esto es preclaro.

—Además—exclama doña María, que nos ha resultado una gran financiera—hicimos un estupendo negocio. Le hemos vendido nuestro hotel al marqués de Castelar en 80.000 duros, casi triplicando el capital.

Cuando acabamos de contemplar aquel hogar peregrino y maravilloso, digno de tan eminentes artistas, nos refugiamos en el gran salón, y

allí, muellemente recostados en las cómodas butacas, encendemos sendos «Fontanares» que Balazote nos ofrece, y pasamos el resto de la noche dedicada al placer de trabajar deleitando los ojos y el espíritu.

CAPITULO XXIII

UNA VIDA CONSAGRADA AL TRABAJO

Siempre igual.—Los gustos.—Buen apetito.—Los hijos del matrimonio.—«El hermano grande.»—«Hacía falta haber sido una hiena.. »

María Guerrero hace en todo tiempo el mismo género de vida. Una vida siempre igual, que llegaría a ser monótona y aburrida, si no fuese excesivamente agotadora.

La insigne actriz se despierta todos los días a la misma hora: las once de la mañana. A esa hora toma el almuerzo en la cama y lee la Prensa o estudia algún papel, si tienen en ensayo alguna nueva obra.

Las comidas de doña María son siempre sobrias y casi siempre iguales. Es poco caprichosa. No tiene plato favorito. Todo le gusta. Pero si un día tropieza con un plato que le agrada

más que los demás, da orden inmediatamente de que se lo sirvan a diario y hasta nueva orden. A veces se está con un mismo manjar durante cuatro y seis meses. Goza de un apetito excelente. Hasta tal punto—nos dice—, que las dos o tres únicas veces que estuvo enferma, ni las mismas enfermedades lograron quitarla las ganas de comer.

En todo tiempo, también, doña María come a las seis de la tarde en el teatro.

Terminada la representación, aun estudia en sus habitaciones particulares varias horas.

No duerme mucho, pero su sueño es tranquilo y reparador.

Cuando no trabaja, tiene la costumbre de ir a todos los teatros.

*
* *

La señora Guerrero tiene, como es sabido, dos hijos: Fernando y Carlos Díaz de Mendoza y Guerrero, ya notables actores ambos y continuadores de la magna y gloriosa labor de sus padres.

Sin embargo, doña María considera también como hijo suyo al primogénito de su marido, hijo de Fernando Díaz de Mendoza y de aquella malograda Venturita, hija de los duques de la Torre, que tanto brilló en la buena sociedad madrileña durante su corta juventud.

Don Fernando Díaz de Mendoza y Serrano, que así se llama el primogénito del ilustre actor y el heredero, por tanto, de sus títulos, quiere a María Guerrero entrañablemente.

—Me quiere más que los otros dos—nos dice doña María, hablando de él con la misma ternura que si efectivamente fuese su hijo.

Doña María le corresponde en la misma moneda. Ella lo ha educado y ha sido para él una verdadera madre desde que se casó con Fernando. Hasta entonces el niño estuvo al lado de su abuela, la duquesa de la Torre.

—Al traérnoslo con nosotros, el pobrecito me llamaba mamá—nos dice doña María—, y, en cambio, a su padre le decía *monsieur*.

—Es más bueno que el pan—añade—. Hacía falta haber sido una hiena para no tomarle cariño.

Los tres hermanos se quieren entre sí con delirio. Los dos pequeños llaman al mayor el *hermano grande*. Y reina entre ellos una unión y una solidaridad inquebrantables.

—El mayor—contesta doña María a una pregunta nuestra—es el que más afición tiene al teatro. Pero el marcado acento inglés que tiene no le ha dejado consagrarse a él, como hubiera sido su más ferviente deseo.

CAPITULO XXIV

¡AMERICA!

Diez y ocho viajes.—Poblaciones donde María Guerrero ha trabajado.—Presidentes de República que ha conocido.—Porfirio Díaz.—El general Gómez.—Seguiremos.

Hemos dicho al comienzo de esta obra que uno de los aspectos más patrióticos de María Guerrero es su labor en América. América es la España del futuro y el mundo que viene. Cuanto labore allí el alma ibérica, más luchará por su vida inextinguible, y con mejor eficacia. Buenos Aires es la primer ciudad de habla castellana y será pronto la nueva metrópoli. Pelear allí—y en toda la fecunda y gloriosa tierra americana—es hacer un excelso patriotismo.

María y Fernando llevan hechos a América diez y ocho viajes. (Escribimos en la primavera de 1919.) Durante ellos han difundido el arte

español y han estrechado los vínculos existentes, y cada vez más firmes, entre los iberos de ambos continentes. ¡Bendiga el cielo tan larga y honda labor por la patria y por el espíritu racial!

*
* *

Sintiendo curiosidad por conocer los nombres de todas las ciudades americanas donde María Guerrero ha representado comedias, hicimos oportuna pregunta. He aquí satisfecho nuestro deseo:

De la Argentina: Buenos Aires, Mendoza, Rosario, Tucumán, Córdoba, Santa Fe, Paraná, Corrientes, Bahía Blanca, Río Cuarto, La Plata, Santiago del Estero, Chivilcoi, Salta, Lomas de Zamora, ¡nombres evocadores y majestuosos!

Del Uruguay, su bella capital, Montevideo.

Del Paraguay, su capital, la heroica Asunción.

Del culto Chile: Santiago, Valparaíso, Viña del Mar, Concepción, Talca, Iquique.

De la muy española Méjico: Méjico (capital), Veracruz, Orizaba, Jalapa, Puebla, Guadalajara, San Luis de Potosí, Zacatecas, Monterrey, Morelia (donde se dice fué empresa el señor obispo de aquella diócesis), Celaya (ciudad donde aprovecharon para hacer una comedia el espacio que les dejó un tren para coger otro).

De la maravillosa Cuba: la Habana, Santiago, Cienfuegos, Cárdenas, Santa Clara, Camagüey, Matanzas, ¡evocadores nombres que son tan gratos a nuestros oídos, pues confunden el heroísmo de Maceo y el de Vara de Rey con un común latido generoso!

También han estado en Lima, Panamá, Guatemala, San Salvador, Puerto Rico (San Juan de), Río Janeiro y San Pablo, y en la culta y bella Caracas, en Venezuela, patria del heroico libertador, no de España, sí de su política antañona, Simón Bolívar, español digno del Romancero, nuevo Cid nacido en América.

Todas estas cultas ciudades, que son gloria de la mentalidad ibérica, hicieron a doña María y a su ilustre esposo un muy cordial recibimiento. Sus éxitos fueron siempre grandes, y el nombre de España recibió de sus nietos, libres y prósperos, el homenaje más tierno y más hidalgo.

*
* *

Le hemos preguntado a Mendoza:

—Tendrá usted muchos amigos en América...

—Tantos como en España.

—¿Han conocido a muchos presidentes de República?

—A bastantes. Y me han honrado y distinguido con su amistad.

Y nos habla el insigne actor y aristócrata de los presidentes argentinos don Manuel Quintana, Sáenz Peña, Figueroa Alcorta. Al actual, señor Irigoyen, respetabilísima figura, han tenido el placer de visitarlo y de ofrecerle el homenaje que el Arte español le enviaba por medio de ellos.

Han tratado al presidente chileno señor Mont, y nos han mostrado el retrato de su esposa doña Sara, bella y elegante, de una distinción gentilísima.

En el Perú han conocido a dos ilustres presidentes, los señores Leguía y Pardo.

Han tratado al de Guatemala, señor Estrada Cabrera.

Porfirio Díaz los trató siempre como a hermanos.

—Su esposa—nos dice doña María—era simpatiquísima y muy buena.

Ahondamos en curiosos detalles. Cuando se construía en la capital de Méjico el Teatro Nacional, visitó a Díaz de Mendoza el ministro de Instrucción pública, don Justo Sierra, de parte del presidente, para que el actor español mandara hacer cuantas innovaciones y reformas se le ocurrieran. Fué una distinción especial que nuestro gran comediante no olvida.

En Venezuela conocieron al general Gómez, el cual, a pesar de vivir alejado en el campo,

esperó en la capital durante cuatro días para asistir a la inauguración de las funciones dadas por María Guerrero. Aquel honor, tan particular y raro, supo ella reconocerlo en todo su merecimiento.

*
* *

Pero el tema de América es dilatado: nos apasiona, además, a los modestos autores de este libro, pues creemos que constituye el aspecto más interesante de doña María.

En el próximo capítulo hablaremos de cosas peregrinas y maravillosas, y haremos desfilar a muy nobles figuras de aquel amado continente.

CAPITULO XXV

EL TEATRO CERVANTES DE BUENOS AIRES

Una idea de doña María.—Verdadero hispano-americanismo.—Lo que será el coliseo.—Cuadro de honor.—Argentinos insignes que saben utilizar su fortuna en bien del arte.

Muy en breve tendrá Buenos Aires un maravilloso teatro español, propiedad de Fernando Díaz de Mendoza, gloria del Arte y sostén de nuestro espíritu ibérico.

La peregrina idea es debida a María Guerrero, formidable hacendista al par que preclara comedianta.

Deseando el matrimonio Guerrero-Mendoza erigir en la egregia Buenos Aires un gran teatro hispánico, y no teniendo—claro está—la suma enorme suficiente para realizar tamaña empresa, acordaron, madurada su idea, dirigirse

a algunas ilustres personalidades bonaerenses para exponerles el magno propósito.

La idea es ésta, sencillamente esbozada. Se ha lanzado a la circulación el abono a palcos y butacas del coliseo en ciernes. La mejor sociedad de Buenos Aires acude para cubrir el elegante abono. Y entonces surge la operación financiera, que consiste en que el abonado adelante varios años de alquiler, con lo cual se reunen cantidades que van empleándose en la construcción.

¿No era inédito este procedimiento de crédito sin par, ni ejemplo, ni precedente? Claro está que hacían falta reunir dos cosas muy difíciles de hallar. Primero, la enorme solvencia artística y personal de unos artistas magnos, y segundo, el gesto peregrino de algunos millonarios que son modelo de generosidad y de amor al arte, capaces de tanto desprendimiento y de tanta hidalguía.

Nosotros saludamos desde aquí a esas personalidades que merecen la riqueza, porque la riqueza no es en ellas un acaparamiento o un desafío, sino una dulce y eficaz arma puesta al servicio del talento para el logro de la belleza.

*
* *

¿Qué será el teatro? Reproduzcamos el si-

guiente artículo periodístico que hallamos en un diario madrileño:

«En un diario de la hermosa capital hispanoamericana encontramos planos y fotografías del nuevo teatro que los ilustres María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, secundados por capitalistas porteños, van a elevar entre las calles de la Libertad y de Córdoba, en Buenos Aires.

Ya está derribada la espaciosa manzana que ocupará el teatro Cervantes, y en breve comenzarán las obras, en las que se trabajará día y noche.

El teatro Cervantes será, en manos del glorioso matrimonio, la representación material y espiritual del genio dramático de la raza.

Respecto a la estructura material, el teatro constará de subsuelo, planta baja, principal y segundo.

En la planta baja es donde se situarán el escenario y la platea; los servicios estarán en el subsuelo.

Tiene la planta baja, además del escenario y piso de butacas, los cuartos de artistas, con un salón independiente que da a todas esas habitaciones; las escaleras y pasillos de acceso, un enorme fumadero, un vestíbulo, una rotonda de acceso, un paso de coches y los cuartos necesarios como supletorios para que todo resulte cómodo y completo.

En el subsuelo, además, habrá un café para 500 personas.

Las entradas de los pisos superiores tiene accesos independientes y ascensores. Como detalle curioso hay que hacer constar que cada piso, además de guardarropa, confitería y cuartos de tocado, tiene una salita de auxilio, provista de botiquín de urgencia.

La sala será la de un teatro de verso, por la poca altura de los techos entre los palcos y demás localidades. La calefacción y ventilación han sido primorosamente estudiadas y dispuestas.

Encima del gran vestíbulo, y en el primer piso, hay una gran confitería, como allí se llaman, o café, que aspiran a que sea el punto de reunión de la gente elegante a la hora del té.

La familia Díaz de Mendoza se ha reservado la planta baja del pabellón de cuartos de artistas, a fin de hacer un saloncillo.

El teatro será de cemento armado.

Su capacidad será de 1.750 personas sentadas, distribuídas así: 390 butacas, 156 butacas de anfiteatro y el resto palcos y entradas populares.

El estilo de la fachada es el renacimiento español.

Como se ve, el proyecto es magnífico, y en breve se podrá hablar de la inauguración de ese

nuevo templo del habla castellana, en el que los arquitectos no han olvidado ni siquiera el escenario, como les ocurre a los arquitectos de Madrid.

*
* *

Y ahora tenemos a orgullo publicar los nombres de las egregias personalidades residentes en Buenos Aires (argentinas unas y españolas otras) que se habían inscrito hasta Abril de 1919 para costear, adelantando el precio de sus abonos, las obras del Teatro Cervantes.

Como españoles y escritores, les enviamos la expresión más intensa de la devoción que su rasgo merece.

CUADRO DE HONOR

TEATRO CERVANTES (BUENOS AIRES)

Altas personalidades que contribuyen a la edificación del magno coliseo.

D. Enrique Santamarina.
D.ª Adelaida M. Harilaos de Olmos.
» María Unzue de Alvear.
D. Saturnino G. de Unzue.
» Samuel Hale Pearson.
» Carlos Alfredo Tornquist.
» Carlos M. Madero.
» Miguel A. Martínez de Hoz.
D.ª Etelvina Costa de Sala.
» Dámasa Zelaya de Saavedra.
D. Casimiro Gómez.
» Angel Pacheco.
» Gonzalo Sáenz.
» Ciriaco Morea.
» Manuel Montemayor.
» Arturo E. Gómez.
» Alejandro Menéndez.
» Carlos Menéndez.
» Alonso Menéndez.
» Mario Livington.
» Félix de Alzaga.
» Horacio Sánchez Elía.

CAPITULO XXVI

EL ACTOR MENDOZA

Arruinado.—El conde de Balazote busca contrata.—El calvario.—«Ni tres duros ganará usted.»—«Wenceslao Bueno, primer actor.»—¡Con María Guerrero!

Don Fernando Díaz de Mendoza, conde de Balazote y de Lalaing, marqués de Fontanar, dos veces Grande de España, heredero de una aristocrática familia, hallábase a comienzos de 1894 completamente arruinado.

Fundador de la Sociedad de Palcos y del famoso «Veloz-Club», había vivido derrochando su fortuna. Un día—día terrible—su administrador le dió una noticia espantosa:

—Don Fernando, está usted perdido. Ha gastado la última peseta.

Un aristócrata vulgar se hubiera dado un tiro o hubiera recurrido a sus parientes para vivir de ellos explotando la nobleza de su nombre y la gloria de sus títulos. Díaz de Mendoza era un hombre, ¡un hombre!, y pensó:

—Bien. Habrá que ganarse la vida.

¿Qué hacer? ¿Unas oposiciones? Ya era tarde. Pensó:

—Yo he sido muy aficionado al Teatro, a las Letras. Además, en el teatrito particular de mi suegra la duquesa de la Torre desempeñé algunos papeles. ¿Serviré para actor?

Para iniciarse hizo en el Español *El gran Galeoto* y *Don Alvaro o la fuerza del sino*. También trabajó una sola noche en la Comedia, poniendo *Marianela* en unión de María Guerrero. Con la Tubau hizo *La Dama de las Camelias*. Pero aquello no iba nada bien. Aunque el público mostraba por Díaz de Mendoza una gran curiosidad, y aunque lo había aplaudido con agrado, aquel primogénito de Grande de España supo lo que era el calvario de un artista pobre que desea vivir de su talento y de su trabajo. Ahí tenéis ahora explicado el democraticismo del insigne aristócrata y su bondad, y el deseo que siempre tiene de ayudar a los que tienen necesidad de su generoso apoyo. Conoce la dureza de la vida. Sabe cuántas amarguras y frustraciones informan el vivir.

Díaz de Mendoza no hallaba contrata. El admirable comediante, digno esposo y digno colega y digno colaborador de la más grande actriz del mundo; el que después hacía en España y en América la renovación del teatro de habla cervantina, ¡no tenía quien lo contratase!

Ni Emilio Mario ni Ricardo Calvo se decidían a aceptar sus servicios de actor. Ceferino Palencia le ofreció cuatro duros de sueldo. Ni para el sastre. Sánchez de León, a quien recurrió en alzada, le dijo:

—Nunca podrá usted ganar ni tres duros.

Mendoza empezó a desesperar. Vivía con triste pobreza y sus asuntos se enredaban. Un día, vencido y acongojado, se metió en la cama.

—La cama—nos dice don Fernando al referirnos esta simpática anécdota—es mi gran consejera. A ella acudo en los instantes de las grandes resoluciones.

Tres días permaneció acostado el gran actor. Empezaba la Semana Santa del año 94. Al tercer día le entraron a Mendoza una tarjeta que decía: «Wenceslao Bueno. Primer actor.»

—Este señor desea verle.

—Que pase.

Entró Wenceslao Bueno, a quien don Fernando no conocía.

—Vengo—dijo el visitante—a contratarle a usted. ¿Acepta?

—Sin duda.

—Le ofrezco diez duros diarios y un beneficio en cada población. Iremos a provincias. Primero a Murcia. Luego, Granada, Málaga...

—¿Qué papeles he de aprender?

—Catorce o quince.

Y dió la lista.

—¿Cuándo salimos?

—El Sábado de Gloria.

Mendoza se echó de la cama, se trincó a las cuartillas y se metió en la cabeza quince papeles de actor. En provincias trabajó enormemente y fué muy aplaudido. Baste decir, para poner en evidencia la magnitud de su esfuerzo, que solía aprenderse los papeles de la comedia que había de representar al día siguiente, durante los entreactos. Era una fiebre de labor, una empresa magna. Pero el premio le estaba reservado. Un día recibió telegrama de don Ramón Guerrero. Se le contrataba, en unión de Ricardo Calvo, para el Español. Diez duros y figurar en la primera compañía española.

Además... Sonrió. Iba a trabajar con María Guerrero. Iba a ser colega suyo. La conocía de antiguo y la admiraba. Le gustaba como artista y como mujer. El elegante había seguido con sus gemelos el encanto de aquella figura.

—No sería ninguna estupidez — pensó don

Fernando—decirle a esa chica que tiene los ojos muy bonitos.

Y vino a Madrid el conde de Balazote, grande de España, y entró en la compañía del Español contratado por su suegro futuro.

CAPITULO XXVII

MAS DEL ACTOR BALAZOTE

Aspectos del gran artista.—Breve retrato.—Mariano Díaz de Mendoza.—¿Una anécdota?—Los Reyes Católicos del teatro español.

Habría sido una injusticia notoria no dedicar en este libro de homenaje a María Guerrero un lugar de respetuoso cariño para Díaz de Mendoza. Como los Reyes Católicos, podrían escribir en su dosel *Tanto monta*. Que ambos se han completado al fundirse en un mismo ser artístico. Ella ha sido el genio. El, el estudio. Ella, la fuerza inmensa y desbordante. El, la fina conclusión que remata delicadamente. No cabe mejor unión para el arte. De ella, ¿qué había de resultar sino lo que surgió, un teatro espléndido y una gloria de la patria nuestra?

Al narrarnos Mendoza sus primeras andanzas, lo hacía con dulce alegría evocadora. Dice:

—Cuando tuve la suerte de la desgracia de arruinarme...

¡Y hay en la frase una sinceridad tan amable y tan jubilosa!

*
* *

Mendoza tiene por aquel Wenceslao Bueno, que lo contrató por vez primera, un cariño hondo.

—El año pasado murió—nos dice.

Y luego:

—Me ha escrito su viuda. Mandé a mi secretario a buscarla. Procuraré ser para ella lo más solícito posible.

*
* *

Díaz de Mendoza es guapo y elegante. Su pelo tiene ya la frisura de los cincuenta años corridos. Pero está enjuto y ágil, y da la impresión de un muchacho. Es afable, de una cortesanía perfecta y de una simpatía personal que atrae y cautiva. Liberal, nos dice:

—Yo, que estoy en relación íntima con la Casa del Pueblo... He tenido el honor de trabajar allí muchas veces.

Hace el elogio de los obreros españoles:

—Son los más aptos del mundo. Su cultura avanza. Hablan de arte, de ciencia. No sería absurdo dejarles gobernar.

Es el aristócrata que vive de su trabajo, y que une el empaque de la estirpe a la noble llaneza popular. Sólo hemos conocido otro noble parecido a Mendoza: Tamames. Romanones tiene también mucho de esto. Y Portago.

***

Dos palabras también sobre don Mariano Díaz de Mendoza, hermano del insigne actor, y a la vez actor muy distinguido.

La ruina de Fernando fué acompañada de la de su segundón, y Mariano, de cuyo ingenio feliz se cuentan anécdotas divinas, tuvo que seguir la senda teatral. Mariano fué contratado hacia 1897 en el Español con seis duros de sueldo. Ha pertenecido siempre a la compañía de su hermano. Ahora, su delicado estado de salud le impida trabajar, pero sigue perteneciendo a la compañía. Es un comediante fino y gracioso, inimitable en la interpretación de tipos frívolos y elegantes.

***

Hemos aludido a las anécdotas de Mariano.

¿Las referimos? ¿Serán suyas, en efecto? Allí va una, por si acaso.

Una noche la pasó casi toda en el casino, jugando. Al final, sólo le quedó un duro, con el que se fué a la calle. Subió al tranvía y dió su duro para abonar el billete. Pero el cobrador se lo devolvió diciéndole:

—Este duro tiene mala cara.

—No me extraña—respondió Mariano—. Ha pasado muy mala noche.

***

Dejaremos para el siguiente capítulo el noviazgo y la boda del conde de Balazote con la reina del teatro español.

CAPITULO XXVIII

DÍAZ DE MENDOZA ES BOLCHEVIQUE

En serio.—Los obreros gobernarán.—El bono de calzado. La política.—Romanones.—El futuro de España.—Un suspiro de la leona.

Mientras charlamos en el saloncillo, don Fernando Díaz de Mendoza pasea con su aire señoril, una mano en el bolsillo de su pantalón y otra con el cigarrillo pinzado.

—Don Fernando, ¿qué es usted en política?

—¡Yo!

Y muy en serio:

—¡Bolchevique!

Ya antes nos lo había dicho el conde de Balazote, pero fué un poco a la ligera y sin hincapié. Hoy, no. Hoy tiene a gala ostentar sus ideas políticas.

—Soy bolchevique, porque me parece mons-

truoso que a unos les sobre mientras otros carecen de lo necesario. Y lo soy, además, por la comodidad que el bolcheviquismo nos ofrece. Un bono de zapatos..., un bono de chaqueta... ¡Encantador!

—Es que entonces—replicamos—tendría usted que renunciar a la elegancia, a la irreprochabilidad de sus ternos, al brillo de sus botas...

Mendoza se detiene y sonríe con una consternación de hombre abatido:

—Pero ¿es que la elegancia resulta cómoda? ¿Hay molestia parecida a la de llevar zapatos de charol? ¿Y tirillas? ¿Y corbatas que aprietan como dogales? El bono nos haría a todos iguales, y la elegancia no estaría en el sastre, sino en la belleza, en la salud, en la modestia...

Cambiamos un poco de tema:

—¡Los obreros! ¿Qué opina usted de los obreros?—decimos.

—Son muy amigos míos. Con la Casa del Pueblo, en la que he actuado varias veces, estoy en las mejores relaciones. Me asombra la cultura de nuestros proletarios, su comprensión, su inteligencia.

Hizo el actor un gran gesto, y dijo:

—Creo que podrán llegar a gobernar los obreros. Y pronto. ¡Y bien!

—¿Acaso le parece a usted mal la actual política?

—No. Mientras no se oponga dictatorialmente al movimiento proletario, no. Nuestros políticos son tan malos como los de fuera, no peores. El habernos hecho escapar de la gran guerra tiene un mérito positivo.

—Y de los políticos, ¿a quién prefiere usted?

Mendoza iluminó su faz:

—Romanones. Le debo mucha gratitud; pero no es por eso. Es que tiene... don de la realidad y una simpatía inmensa. De todos modos, el político a quien más amo es al Pueblo.

Aun estuvimos un rato de charla con Díaz de Mendoza. Entraban y salían unos y otros, y el ilustre comediante tenía que prestar diversas atenciones. Al cabo, para coronar y rematar esta parla, hicimos una última pregunta:

—¿Qué opina usted de España?

—¿En qué sentido?

—En el de su porvenir...

—Tengo en España inmensa fe. Y no una fe retórica, ¡no! Es que se ve por todas partes su progreso. Asombra. De año en año avanza el país con paso de gigante. Nuestra nación será en breve otra vez una de las grandes potencias del mundo.

—¿Con bolcheviquismo?

—Con progreso, con libertad, con justicia. España está en pie.

Doña María, que nos oía silenciosa, alzó sus bellos ojos, y su seno de matrona y de patriota—¡la española doña María!—tuvo como un arrullo de paloma.

—Sí, sí—dijo—. Yo también lo creo.

CAPÍTULO XXIX

MARÍA Y FERNANDO SE CASAN

Se enamoran.—Breve noviazgo.— Tamames.—Mendoza usa poco sus títulos.—De capa.—Boda sensacional.—Al trabajo.—Detalles curiosos de unas bellas nupcias.

—¿Cuándo se enamoró usted de María?

—¿Cuándo? Creo que siempre la quise. Antes de ser actor, en mis días de palcos y fiestas, ya me gustaba. Cerca de ella, contratado en su compañía, empecé a hacer tonterías hasta que me casé.

Doña María, que escucha la conversación, suelta una perlina carcajada.

—¿Le encantaría a usted ser contratado cerca de ella?

— Como que aquello era mi triunfo. No debuté en el Español, porque aunque ese teatro lo tenía mi futuro suegro, las obras en él empeza-

das se retrasaron. Debuté con *El vergonzoso en Palacio*, en la Princesa.

—¿Gustó usted?

—¡Qué sé yo!

Gustó mucho, y ante el insigne aristócrata se había abierto, espléndida, la vida.

—¿Duró mucho el noviazgo de ustedes?

—Fué un cariño simpático, dulce y sencillo. Nos casamos el día 10 de Enero de 1896.

—¿En qué iglesia?

—Me parece que se llama Santa María. Está situada en el Pretil de los Consejos, junto a la calle Mayor, detrás del monumento erigido a las víctimas de Mateo Morral.

—Recuerda usted bien la fecha.

—Fecha decisiva.

—Y eso—exclama la egrégia comediante—que tenemos una pésima memoria. Yo olvido todas las cosas memorables. La encargada de recordármelas es Matilde Bueno. Siempre que es día solemne acude con unas florecitas. Al verla, ya sé que se celebra algo transcendental.

—Nos casamos en Santa María—dice don Fernando—porque María vivía entonces en la calle Mayor, esquina a Bailén. Era su parroquia. Nuestro padrino fué Tamames.

Y Mendoza hace el elogio intenso y sincero de aquel gran señor, modelo de caballeros españoles, maravilla de la raza, cuya amistad goza-

mos cuando esplendía el duque con todo el fulgor de su talento y de su bondad.

—Cada siglo produce un Tamames—nos dice Mendoza—. Nuestra madrina fué la condesa de Humanes.

—¿Aquella señora que la quería tanto siendo niña?—le preguntamos a nuestra biografiada.

—La misma. Una ilustre señora cuya memoria es para mí cosa venerada.

—Uno de nuestros padrinos—añade Mendoza—fué un caballero muy popular entonces en Madrid: el marqués de Bogaralla.

*
* *

¡Aquella boda!

Aquella boda fué para el pueblo de Madrid casi tan solemne como una boda regia. Se casaba María Guerrero, ¡María Guerrero!, la actriz amada del público, la grande, y se casaba con Fernando Díaz de Mendoza, el actor caballero, el actor noble, el actor peregrino. Madrid entero se desbordó en la plaza y entró en la iglesia a viva fuerza. Baste decir que la verja del presbiterio quedó doblada por la muchedumbre.

*
* *

¡Boda popular como ninguna otra! Fusión de arte y de aristocracia, lo más alto.

—¿Tenía usted entonces sus títulos?

—Aún no. Vivía mi padre.

—Y ahora ¿los usa usted?

—Rara vez. «Conde de Balazote.» No me conocería el público. Los usamos cuando viajamos por el extranjero de meros turistas. Sirven mejor en los hoteles.

—Y pedirán más propina.

—Sí; pero sirven mejor.

***

Fueron curiosísimos los detalles de aquella boda.

La ceremonia se celebró a las doce de la mañana, sin aparato alguno, con traje de ensayo. Ella vestía un traje sastre y tocaba un sombrero elegante, pero sencillo. Él llevaba chaqueta y capa.

De la iglesia salieron en un coche para el Español, donde tenían ensayo a la una y media. Por la noche representaron *Lo positivo*. No celebraron luna de miel. La vida de estos maravillosos trabajadores no cambió en un ápice.

Así celebraron sus nupcias los Reyes Católicos del teatro español.

CAPITULO XXX

LOS HIJOS

El mayor.—Fernandito y Carlitos.—Doña María, estupenda madre.—«Voy a dar a luz y vuelvo en seguida.»—Los leoncillos.—Esperanza de arte.—Detalles curiosos.

Don Fernando tiene un hijo de su matrimonio con doña Ventura Serrano, hija de los duques de la Torre. Se llama don Fernando Díaz de Mendoza y Serrano, tiene treinta y un años, es guapo, elegante, de figura parecidísima a la de su padre. Es profesor de una escuela oficial de idiomas. Tira a espada con la prestancia de un mosquetero. Tenemos el gusto de ser excelentes amigos suyos.

De su matrimonio con la más grande actriz del siglo, tiene don Fernando a Fernandito y a Carlitos. Siempre en diminutivo sus nombres; son la alegría del teatro, son el futuro y la esperanza.

Tuvieron una niñez espléndida y vertiginosa. A los pocos meses de nacer ya viajaba Fernandito hacia América. En Buenos Aires lo tienen por paisano y lo quieren mucho.

—Mi hijo Fernando—nos dice Mendoza—ha viajado más que casi todos los almirantes de la escuadra.

Recibieron ambos una esmeradísima educación cultural y física. Han tenido preceptor, profesores. El formidable maestro de esgrima don Afrodisio Aparicio, campeón ilustre y uno de los corazones más sanos y buenos del mundo, educó a los muchachos en el arma blanca de tal guisa, que son hoy verdaderos profesores.

Nació Fernando el 5 de Marzo de 1897.

Y aquí un detalle muy curioso. Doña María soportó siempre sus embarazos con suma facilidad. El día en que dió a luz a Fernandito estaba en su domicilio particular y sostenía con don Tomás Luceño una interesante conversación. Ella, según afirma Luceño, le dijo de pronto:

—Espere usted, Luceño. Voy a dar a luz y vuelvo en seguida.

Carlitos nació el 4 de Septiembre de 1898. Al mes de darlo a luz trabajaba doña María en San Sebastián.

*
* *

Fernandito y Carlitos mostraron bien pron-

to aficiones al teatro. La primera obra que vieron representar fué *Malvaloca*, de los admirables Quintero. Fernandito debutó en Murcia y durante Noviembre del 15, y Carlitos en Buenos Aires durante el 16.

*
* *

Ambos muchachos son excelentes actores. Fernando se distingue en los tipos dramáticos. Carlos gusta más de interpretar las siluetas frívolas. Sus apariciones en la vida escénica fueron recibidas con intensos y merecidos elogios de la crítica. De esperar es que ellos prosigan la obra de sus padres y que sean dignos herederos de comediantes tan insignes y artistas tan preclaros.

Desde este libro los saludamos con simpática esperanza.

*
* *

—¿Cuántos hijos tiene usted?—habíamos preguntado a María Guerrero.

Y doña María nos respondió:

—Dos...

Mas, rectificándose inmediatamente, añadió:

—Tres.

—¿Cómo esa vacilación?

—Esa vacilación es muy sencilla de explicar.

Tengo dos hijos: Fernandito y Carlitos. Fernando tiene de su primer matrimonio otro: Fernando, el *hermano grande*, como le llaman los otros dos. Y mi vacilación momentánea ante su pregunta repentina consistía en que para mí los tres son iguales. El mayor me quiere más que los otros dos.

Hace una pausa doña María, y añade:

—Hasta que Fernando y yo nos casamos, el niño se educó con su abuelita la duquesa de la Torre. Y, al casarnos, su padre lo trajo con nosotros. Siempre ha sido muy bueno. Al principio de estar con nosotros, acostumbrado a estar solo con su abuela sin ver a ningún hombre, el pobre niño me llamaba a mí mamá, y en cambio a su padre le decía *monsieur*. ¡Lo que a Fernando le costó muchas lágrimas!

—Es más bueno que el pan—añade doña María—. Hacía falta haber sido una hiena para no tomarle cariño. Los tres hermanos se quieren enormemente y se defienden unos a otros con una solidaridad admirable.

—¿Cómo no se dedicó también al teatro el mayor?

—Porque tiene acento inglés—replica doña María—. Pero siente la vocación artística más que los otros dos, si cabe.

*
* *

Por juzgarlo interesante reproducimos a continuación un artículo de Eduardo Marquina, publicado en *Caras y Caretas*, de Buenos Aires, y consagrado a Fernandito Díaz de Mendoza y Guerrero.

Es el siguiente:

«FERNANDITO DÍAZ DE MENDOZA

—No me alabe usted, señor Marquina...

Este es el ruego que me hizo el artista adolescente, ayer, en el puerto de Montevideo, y a bordo del *Reina Victoria Eugenia*, cuando se enteró casualmente de que un amigo me pedía estas líneas para acompañar su retrato.

Y ahora, cuando me recojo en el saloncito biblioteca del barco, casi llegando a Buenos Aires, para contemplar la última aurora del viaje, y para hablaros del artista muchacho (las dos cosas riman), me parece estar oyendo todavía el ruego meloso y gentil de «Fernandito»:

—No me alabe usted, señor Marquina.

*
* *

Va un temperamento en estas palabras.

Este muchacho lleva apenas unos meses de actor. Cuando por primera vez, en el último septiembre, pisó las tablas de un teatro, en Mur-

cia, llevaba por lo menos cinco años de acariciar en silencio su sueño de arte.

Temiendo que su vocación fuera contrariada, empleó todo este tiempo en dar a sus deseos una forma de realización cabal. Bajo los dos arcos de sus cejas sus ojitos de niño se asomaban ávidos, y cuando todos creían que era para *mirar*, es que *observaban*. Era por entonces un muchacho taciturno y dulce. Su alma tenía que hacer, por debajo de su cuerpecito frágil. Sus padres oían ruido por dentro de aquel corazón y se preguntaban uno a otro «qué pasaba allí». Y el casi hombre, melosamente, les tranquilizaba con un beso. Pedía, en su casa, un cuarto apartado; se encerraba en él las horas muertas; rebosaban de libros de versos su estantería, en desorden, y su mesita de estudio. Algunas veces le encontraron despierto, María y Fernando, al regresar de madrugada a su hotel, después de un ensayo general en el teatro.

«Fernandito» sonreía a sus preguntas, pretextando que se había «distraído» leyendo. No. Mientras sus padres ensayaban un drama, él «ensayaba un hombre» con todos los dramas de la humanidad en el corazón de ese hombre. Y ese era el «ruido» que alarmaba a los padres. Durante sus cinco años de silencio, el martillito de una voluntad golpeaba allí dentro, formando, ante todo, un carácter, ayudando a cuajar una

conciencia, empezando a elaborar una voz, que, abierta en arco sereno, como el de la trayectoria de una piedra que lanzara la honda de David, ella sola era ya un drama cada vez que el muchacho la obligaba a sostener y expresar todo el peso del dolor humano: apóstrofes y lágrimas; rugidos y caricias.

Y así, cuando expresó a sus padres su deseo, el milagro estaba hecho: el adolescente ya era actor. Su voluntad había triunfado de antemano: no se detiene lo que ya está en marcha.

*
* *

Después de la voluntad, la sinceridad. Una voluntad que golpea sobre un carácter, como un martillo que forja hierro, chorrea siempre chispas de luz. Y esas chispas de luz, en lo interior, son claridad de conciencia. Y la conciencia, como la historia de cada hombre por dentro, no es más que una tabla de aproximaciones al ideal, tiene un dejo inflexible de sentencia socrática: «sólo sé que no sé nada».—O, traduciendo al caso actual el dicho antiguo:—«No me alabe usted, señor Marquina.»

*
* *

Así se ha formado «Fernandito» y así es hoy. Dentro de poco va a empezar a hablar en tierra

americana, su segunda patria, porque tenía dos meses cuando el cielo americano llegó a tiempo de infiltrar algo suyo en aquellos ojos que estaban cristalizando todavía...

Yo no tengo autoridad ninguna para presentar a «Fernandito». Le quiero; y como tiene además en él toda la gracia de las almas muy modernas, que son conciencia y voluntad estilizando pasión y fuego, creo que han de rendírsele los públicos sin necesidad de previas sugestiones...

* * *

La figura es elegante y flexible. Esta agilidad encarna un espíritu hecho de originalidad, que tiende a moldearse en estilo. Sus labios parece que estrenen las palabras, renovándolas. Cada uno ponemos en nuestras palabras una sobrecarga donde va nuestra experiencia y, a veces, nuestro hastío o nuestro desengaño: este adolescente, que entra en el mundo, sin desengaños que expresar todavía, cuando no comunica a las palabras luz, les pone alas. Y así el movimiento del alma, oyéndole, es el de una exaltación dorada y alada...

Esta aurora trae plenitudes que serían incomprensibles si no miráramos al fornal de donde emana, como un segundo resplandor... Está tan cerca el mediodía de los padres, que el hijo, a

veces, mueve un brazo, formula una frase, estiliza un silencio y, siendo él, es «ellos»; cualquiera de los dos, «María o Fernando».

Divino don del cielo, que para ayudarle a perfeccionarse constantemente, le ha hecho hijo de sus maestros: es decir, que tendrá siempre para ellos la adoración que estimula; nunca la desdeñosa soberbia que estanca el ánimo.

He visto siempre a Fernandito seguir con un íntimo fanatismo la iniciación genial del arte de sus padres: puede decirse que ellos le engendran constantemente.

No es mucho que la roca originaria se abra y resquebraje al ver correr este nuevo río: no se sabe si para llorar de emoción o para engrosar constantemente su caudal...»

CAPITULO XXXI

UN RATO DE INTIMIDADES

En familia.—Los tocados de María Guerrero.—Su perfume misterioso.—Mendoza y el agua de Colonia.—Decoración, muebles.—Tamames.—El zapatero.—Notitas para la bagatela.

En el teatro de la Princesa... Estamos en la casa particular de los egregios artistas, situada en el último piso del edificio, una maravilla de buen gusto...

No hay función. María y Fernando responden a nuestras preguntas. Hace calor de radiadores. Fumamos.

—Doña María, ¿quién la viste a usted?

Ella cala sus impertinentes:

—Según... La ropa escénica, llamémosle así, la que no es de tipo usual, aquí mismo en el teatro. Yo dirijo el taller. Cuando hay prisa, o

se confeccionan muchas cosas a la vez, hago encargos a la casa Peris, que trabaja también para el Real.

—¿Y sus tocados particulares, que no son de época?

—Callot... Paquin... En Madrid, madame Rausinaugue y madame Petit, que hace mis sombreros. Camille Roger, de París, recibe también algunos encargos.

—¡Don Fernando!

—¿Qué ocurre?

—Queremos también saber quién viste al conde de Balazote.

—Drossen. A Fernandito y al pequeño, Cimarra. Están ustedes servidos.

—¡Doña María!

—¡Digan!

—Los perfumes de usted... y perdón. Estos pequeños detalles suelen interesar a las lectoras. Y nosotros queremos tener lectoras. Es agradable para el escritor saber que sus libros se hallan en manos chiquitas y bellas. Díganos.

Pero doña María sonríe como una sirena.

—Yo uso un perfume especial, mío, secreto. Lo hago yo misma. Es una mezcla de otros perfumes.

—¿Imposible de sorprender?

—¡Oh, imposible!

—En cambio yo—replica Mendoza—no soy

nada costoso. Mi único perfume es el agua de colonia «Esa», dos pesetas el botellón.

Reímos. Fumamos.

—Respecto de las decoraciones... ¿Quiénes pintan esos primores con los que ustedes realzan y prestigian las comedias?

—Muriel, Amorós y Blancas... En Bilbao nos trabaja Garay. Hacemos venir de Italia algunas cosas. En Buenos Aires tenemos un escenógrafo estupendo, Armando Coli.

—¿Y los muebles?

—Generalmente—responde Mendoza—yo los encuentro en el Rastro, en los baratillos. Me refiero, naturalmente, a los de época. Después, los hago restaurar. Lissárraga y los Villalba nos ponen algunas obras, las de ambiente contemporáneo sobre todo.

—El duque de Tamames también les ayudaba a ustedes mucho.

—Muchísimo. Solía dejarnos maravillas artísticas de sus colecciones. Pepe era un ferviente amador de la belleza y del buen tono. Además, como todo el mundo sabe, era un grande amigo nuestro.

Seguimos nuestra inquisición:

—¡El zapatero! Se nos olvidaba ese detalle. ¿Quién es su zapatero, doña María?

—Hellstern, de París, y aquí, nuestro zapatero del teatro, que heredamos de Ricardo Calvo.

—Y que se llama...

—Hilario Fernández.

—¿Y el de usted, don Fernando?

—Vissú.

Hemos tomado rápidamente esas breves y frívolas notitas, que irán a amenizar nuestro libro en un capítulo de bagatela.

El capítulo está hecho.

CAPITULO XXXII

«EL ALMA ES MÍA»

Fernando Díaz de Mendoza retira la obra del cartel en Sevilla.—Ovaciones y entusiasmo.

Ya en prensa este libro, que por diversas circunstancias ha tenido una impresión muy larga y laboriosa, ocurrió en Sevilla un suceso que no podemos dejar de recoger en estas páginas.

Fué con motivo del viaje a Barcelona del mariscal Joffre.

En los Juegos Florales, que como reina de la fiesta presidía la ilustre dama compañera del vencedor del Marne, don Angel Guimerá, el prestigioso dramaturgo, actuaba de mantenedor.

En su discurso, el señor Guimerá puso tonos excesivamente violentos de catalanismo.

Y España entera protestó contra la injusticia del ilustre escritor catalán.

El matrimonio Guerrero-Mendoza, que actuaba por aquellos días en el Teatro San Fernando, de Sevilla, tuvo noticia de ello el mismo día que había de estrenarse en la bella capital andaluza la última producción del señor Guimerá, *El alma es mía*.

Ante el problema que suponía estrenar una obra el mismo día que culminaba la indignación popular contra su autor, don Fernando Díaz de Mendoza decidió cambiar el cartel cuando ya el teatro estaba lleno.

Y así lo hizo, saliendo en persona el propio señor Díaz de Mendoza a las candilejas para anunciarlo al público.

La concurrencia tributó, con este motivo, una entusiasta ovación al actor ilustre y aristócrata, que daba con ello una alta prueba de patriotismo y de tacto.

Claro es que la determinación del señor Díaz de Mendoza no influyó para nada en la cordialidad de relaciones que siempre existió entre el insigne matrimonio y el glorioso autor catalán.

CAPÍTULO XXXIII

UNA INTERVIU DEL CABALLERO AUDAZ

Pepe Carretero charla con los ilustres comediantes, mantenedores firmes y constantes del prestigio escénico español, y reproduce la conversación en una crónica, llena, como todas las suyas, de elegancia y amenidad innegables.

Copiamos a continuación la interviú hecha por «El Caballero Audaz» a María Guerrero y Fernando Diaz de Mendoza y publicada en *Prensa Gráfica*.

Lleva fecha de Marzo de 1915 y forma parte de uno de los volumenes *Lo que sé por mí*.

Dice así:

«MARIA GUERRERO Y FERNANDO DIAZ DE MENDOZA

No es un hotel; es un palacio blanco como una paloma, que se alza cubierto por una fron-

dosa túnica esmaltada. También por la verja de hierro que circunda el amplio jardín ha trepado la apasionada hiedra y ha formado con su verde ramaje una blanda y tupida tapia de fronda. Hay una pequeña fuente árabe, que recuerda los patios de Granada y Sevilla. Y la mañana, que es diáfana y radiante, alegra todo con su sol maravilloso; hasta las hojas, doradas por la pátina de la muerte, parecen flores bajo el cielo añil.

Dos hermosos galgos juguetean por entre los macizos. Ahora corre uno tras del otro; sus cuerpos largos y delgados parecen dos arcos de ballesta. El guarda, al entrar nosotros, los llama:

—¡Chispo!... ¡Carabel!... ¡aquí!

Nosotros, mientras tanto, seguimos atormentados por una pequeña duda. ¿Por quién debemos preguntar a este criado...? ¿Por don Fernando...? ¿Por el marqués de Fontanar o por el conde de Balazote...? Nos decidimos al fin.

—Pase usted esta tarjeta al señor...

Los perros acuden rápidos, y mientras el guarda vuelve, ellos nos entretienen con saltos y zalemas. Al fin pasamos al palacio, y a una habitación regia, tan artística, rica y suntuosa que no os avenís a pensar que estáis en casa de unos comediantes, sino en el alcázar de unos reyes.

Antes que hayamos podido tender la vista y

apenas ver las coronas y escudos nobiliarios que se transparentan en los *stores*, llega Fernando Díaz de Mendoza.

Posee este gran actor, como nadie, la exquisitez del trato, del gesto y de la línea. Su efusión será falsa, pero es sugestiva y va siempre impregnada por sus maneras aristocráticas. ¡Haría un gran diplomático!

Nos dejamos caer sobre un mullido diván de damasco rojo; él cruza, con naturalidad, una pierna sobre la otra.

—¿Y María?—le preguntamos.

—¡Oh!—responde—. Mi pobre mujer está loca de trabajo; porque nos ha ocurrido un contratiempo terrible que para nosotros resulta una desgracia. ¡Figúrese usted que al echar mano de los trajes nos encontramos con que se han quedado olvidados en América veinte cajones del vestuario de nuestro repertorio! Vamos, ¡horrible!

—Entonces, ¿no podrán ustedes empezar el 23, como tenían pensado...?

—No; ya hemos prorrogado la fecha hasta el 30.

—¿Que habrá llegado ya el vestuario?—inquirimos.

—¡Quia! No, señor; no da tiempo, y con esto de la guerra, menos. Lo estamos reconstituyendo; María se pasa parte del día y parte de la noche

en sus habitaciones, rodeada de modistas, dirigiendo los trajes. En esa operación se encuentra en estos momentos; ahora saldrá. Hablemos, hablemos nosotros mientras tanto. Ya he visto *La Esfera* en América; es una preciosidad que...

Siguieron los elogios, que nosotros por modestia suprimimos, y después hubo una pausa.

—¿Qué tal ha sido la *tournée* por América...?

—La primera temporada, o sean las primeras cuarenta funciones, divinamente. Mejor que nunca. Después se supo lo de la guerra el 2 de Agosto; los Bancos paralizaron sus operaciones, el dinero estaba receloso, nadie disponía de sus rentas y, claro, el resultado de nuestra segunda temporada era previsto; sin embargo, yo me empeñé en que mi compañía no notara la guerra, y así fué; dimos nuestras ciento y pico de representaciones, como en años normales; pero ¡ah! a mí me costó el dinero de firme.

—Con motivo de la guerra—advertí—, ¿habrán ustedes abrigado temores durante el pasaje...?

—No lo crea usted. Antes de embarcar sí; teníamos que no pensar en ello, porque parecía una locura; después, ya en alta mar, entre el cielo y el agua, perdíamos en absoluto la noción del peligro...

—¿Qué obras ha estrenado usted en América?—le preguntamos.

—*La Garra*, de Linares, y *Una mujer*, de Marquina.

—¿Con éxito...?

—Sí, hemos tenido suerte con los dos estrenos.

—Y aquí ¿con qué inaugura usted la temporada...?

—Con *Las Flores de Aragón*. Un precioso drama romántico de Marquina, que me leyó en Barcelona al desembarcar. Para mi gusto es lo mejor que ha hecho.

—¿Y de Benavente y los Quintero?

—De Benavente esperamos *El collar de estrellas*, y de los Quintero, *En voz baja*.

—Bueno; hablaremos algo del pasado, ¿no le parece a usted?...—le decimos, al mismo tiempo que prendemos fuego a nuestro cigarrillo...

Fernando hizo un gesto de contrariedad. Después exclamó:

—Amigo *Audaz*, ¿quiere usted relevarme del suplicio de volver los ojos atrás?...

—¿Por qué suplicio?—le preguntamos sonriendo.

—Porque yo quiero que en mi memoria el recuerdo de cada día que pasa se desvanezca. Hagamos cuenta que María y yo hemos nacido a la vida teatral este mismo año...

Hizo una pausa y prosiguió, fingiendo seriedad ante nuestra sonrisa:

—Yo, por lo menos, me encuentro tan mozo,

tan ágil, tan saludable y con la misma mecha de pelo que el día que empecé. ¿Para qué acordarse que fué hace más de veinte años?...

—En efecto—agregamos, por cortesía—; está usted cada día que pasa más joven.

—Si no *más*, por lo menos *tanto*. Sí, sí, me siento en plena vida.

—Pero, siquiera, me dirá usted con qué obra se presentó al público.

—¿Cómo? ¿De aficionados?

—No; de profesional.

—¡Ah!... Me presenté con *El vergonzoso en Palacio*, y a las dos noches hice el protagonista de *María Rosa*.

—Y María, ¿con cuál debutó?...

—Con la obra de Echegaray *Sin familia*. Siempre bajo la dirección de Teodora Lamadrid, que fué su maestra, como usted sabe; y hasta mucho después de *Mariana* le ensayaba los papeles.

—Le costaría a usted trabajo, por su educación y por su linaje, acostumbrarse a la vida teatral.

—No lo crea usted. Tenía una afición desmedida; además, en vez de adaptarme yo al ambiente de los escenarios, he conseguido adaptar a mi ambiente los escenarios donde trabajo, ¿no es esto?

—¿Qué vida hacen ustedes?

—¿Vida? ¡Ninguna! Esto que nosotros hacemos no es vivir, ni disfrutar de lo que nos rodea, ni tener familia, ¡ni nada! Vea usted, vea usted. Empecemos por la mañana. Yo me levanto a las nueve. María algo más tarde, porque acostumbra a estudiar en la cama. Después me encierro con mi secretario en mis habitaciones; él me da cuenta de contratos, obras, correspondencia, etcétera. A las once nos sirven el almuerzo, a María en sus habitaciones y a mí en las mías. Nuestra comida es muy ligera, porque estamos sujetos a un método de comer muy poco. ¡Así nos acostumbraremos, por si mañana o el otro no da la cosa para más!...

—¿En qué consiste ese método?—indagamos.

—Lo sigo, por prescripción de un médico alemán, para no engrosar... Si los alemanes pierden en la guerra, ¡es claro!, lo abandonaremos; pero mientras tanto continuaremos con él. Consiste en no hacer más que dos comidas al día y no tomar en ellas más que un plato de ave, una fruta y una taza de te.

—¿María también?...

—Exactamente igual. Hacemos idéntica vida y comemos lo mismo.

—Siga usted—le invitamos.

—Pues bien: yo, después que almuerzo, leo las obras para seleccionarlas, y a la una en punto salimos para el ensayo. Allí estamos hasta

las seis. Volvemos a casa para comer nuestro plato de ave, y al teatro otra vez, hasta las dos o las tres de la mañana. Yo estudio a esta hora hasta las cuatro o las cinco...

—¡Vaya una vidita!...

—Y no hago más que detallar el reparto de las horas; pero es que de éstas hay algunas muy amargas. Entre ellas están las emocionantes de los estrenos, donde ponemos toda nuestra alma de artistas, y sin embargo, algunos fracasan. Recuerdo la noche que estrenamos *El dragón de fuego*. Yo, en el epílogo, tenía puestas las seguridades del éxito: lo sentía. Y cuando vi caer el telón en el más respetuoso silencio, lloré como un niño. ¡Figúrese usted también lo que supone manejar sesenta o setenta personas y que no digan que soy un tirano!

—Es cierto... Toda su compañía le quiere a usted mucho. Debe usted tener buen carácter.

—No me enfado jamás... Y esto no quiere decir que yo no sea un hombre enérgico; lo que a mi juicio no se debe hacer, no se hace; pero sin gritos, ni nerviosidades, ni malos modos. Yo creo que el mal genio es un desgaste de la naturaleza, que no conduce a nada, ¿verdad?...

—Verdad—asentimos—. ¿Qué procedimiento emplean ustedes para educar y hacer artistas?

—Cogerlos desde muy niños, con el fin de que no tengan *manera propia*. Durante varios años

los tenemos en expectación de escena, o sea asistiendo a las funciones constantemente, y así va imprimiéndose, sin darse cuenta, nuestro modo de *hacer teatro*, ¿verdad?... Después les voy dando papelitos... hasta que van sobresaliendo·

—¿Usted, desde luego, dirige todos los ensayos?...

—¡Ah! Sí, sí, y uno a uno voy ensayándole sus papeles a los artistas de mi compañía, y diciéndoles cómo tienen que hacer todo.

—Y dígame usted, Fernando, ¿cuánto calcula que les habrá producido a ustedes el arte?...

—No sé, no sé—murmura, dudando—. Unos treinta millones de pesetas, o tal vez algo más, y ¡no tengo un real... Pero ¡ni un real!

—¿Cómo es eso?

—¡Qué sé yo! ¡Que en esta casa se gasta un horror!...

—¿Entonces no pensarán ustedes abandonar por ahora la vida teatral?

Fernando hace un espantijo muy cómico.

—¿Cómo?... Dígame usted, ¿cómo la vamos a dejar?... Si me cae el gordo de Navidad, tal vez.

—¿Dónde prefieren ustedes trabajar?...

—Me gusta tanto el público de Madrid, que nuestro ideal sería estar aquí todo el año.

—Tengo una curiosidad, Fernando: ¿usted usa sus títulos nobiliarios alguna vez?

—Jamás.

—¿Ni entre la servidumbre?...—insistimos.

—Yo entre todo el mundo soy «don Fernando» o «Fernando», hasta el punto de que si algún criado me dijera «señor conde» o «señor marqués», no le contestaría; pareceríame que se dirigía a otro. Yo mis títulos los poseo porque me correspondió en herencia y por mis hijos no tengo derecho a interrumpirlos. Sólo cuando viajo por Francia los uso, porque, aunque es un país demócrata, se paga mucho de la nobleza y en las mismas condiciones atienden a uno más.

En el *hall* se oye la voz dulcemente trémula y cristalina de la actriz y en seguida aparece María Guerrero. Toda ella es elegancia, gracia, movilidad, nervios y perfume. Viste de negro. De su cuello, que dejó ya la tersura juvenil, cuelgan los impertinentes, pendiendo de un sencillo hilo de oro. Su peinado es un artístico desorden de rizos negros como la endrina. Nos acoge sonriendo solamente con sus apasionados ojos negros, donde tanta gracia imprime la miopía.

Qué lástima, pensamos, que hasta las grandes artistas llegue la vejez.

María, de cerca, ya está marchita, ya está rugosa. ¡Qué lástima! Tanto como vale la juventud de una actriz.

—¡Oh! No me hagan ustedes retratos—exclama rápida al advertir la máquina fotográfi-

ca—. Los tengo hechos muy bonitos. Arréglense con dos o tres. Salgo siempre muy mal. ¡De verdad! Además, los artistas, al llegar a cierta edad, no debemos retratarnos ya, sino dar siempre uno de los retratos hechos donde se esté mejor.

—A usted—rechazamos—le falta todavía mucho tiempo para esa edad, y por lo tanto, para tomar esa determinación.

Duda unos instantes y después accede.

—Bueno, pues en el jardín.

—Hará frío—advertimos.

—A mí no me asusta el frío—grita la artista alegre, queriendo fingirse chicuela—. ¡Al jardín! ¡Al jardín! Y en seguida al ensayo... Ya les habrá contado Fernando el percance de los vestidos. ¡Oh! ¡Estoy loca! Porque yo tengo que hacerlo todo por mi mano; si no, no sirve.— Y dirigiéndose a su esposo, continúa: — Figúrate que después de haberme terminado el dichoso traje he tenido que deshacer todo lo hecho por la modista, ponerlo en mi maniquí e hilvanarlo ¡yo misma!... ¡Y si no, no adelantamos nada!...

Cuando salimos al jardín, los perros festejan con carreras y saltos la presencia de los amos.

—María, ¿por qué siente usted predilección después del arte?...—la preguntamos.

—¡Oh! Por el campo y por el automóvil—responde la Guerrero, deleitándose al recordar

sus aficiones—. Me gusta correr mucho en el *auto* y que el aire me azote bien la frente.

—¿Sabe usted conducir el automóvil?

—No puedo, ¡no veo nada!... Conduce siempre Fernando.

—¿Han tenido ustedes muchos accidentes?

—De importancia, dos.

—Y a pesar de eso, ¿no le ha tomado usted miedo?

—¡No! Nada—rechaza María—. Yo soy muy valiente. Amo el peligro; por eso me gusta mucho viajar sobre el agua y correr en automóvil.

—Vi a ustedes la otra noche en el estreno de *Los semidioses*. ¿Qué le pareció a usted la obra, María?

La actriz consulta a su marido con la mirada; después exclama resueltamente:

—No sé qué decirle. Es una obra en contra de mis aficiones. Porque como a mí me gustan los toros, admiro a Joselito y soy romanonista, y allí me los tratan muy mal, no sé qué decirle. ¡Caramba!...

—Borrás—agregó Fernando, para que yo lo contase—está admirable, ¡portentoso!... Borrás es un artista como era Vico, un trágico que debía pasear el mundo entero en la seguridad que no hay por ahí nadie que le iguale. Yo siento por él una sincera admiración.

—¿Cuántos hijos tienen ustedes?

—De mi primer matrimonio, uno, y de María, dos; ya son todos unos hombres.

—¡Qué tarde más hermosa!—exclama María mirando al cielo con deleite—. Y nosotros, ahora, a meternos en las tinieblas del escenario hasta las seis. ¡Y siempre lo mismo!... ¡Es una condenación!

Después, volviéndose a nosotros, prosigue:

—Y no crean ustedes, que habrá muchos envidiosos de nuestra vida y nuestra suerte. ¡Dios mío, con lo que vale una hora de sol y de aire puro en un día tan lindo como éste!... En fin, ya nos estarán esperando.

La genial actriz romántica calóse nerviosamente su gorrito negro.

CAPÍTULO FINAL

ELOGIOS

Las opiniones de algunos críticos, escritas exprofeso para el libro «María Guerrero» y que ensalzan justamente a la insigne actriz.

EN EL ABANICO DE MARÍA GUERRERO

En nuestro huerto riente
de tierras de Andalucía,
no ha nacido todavía
rosa digna de tu frente.
Ni en el rincón en que invoca
la musa al arte increado,
hemos jamás encontrado
verso digno de tu boca.
Ante ti pobreza es
la nuestra en rimas y en flores...
Escojamos las mejores
para echarlas a tus pies.

S. y J. Alvarez Quintero.

Esta prodigiosa mujer de recia y vibrante fibra española, que posee el raro privilegio de adaptar su temperamento a todos los matices del arte dramático, que recorre triunfadora desde el llano de la comedia a las más elevadas cumbres de la tragedia, que ruge y ama a un tiempo, que tiene la serenidad de los crepúsculos y la violencia de los vendavales, es una conversadora deliciosa y conoce familiarmente el francés, el italiano, el inglés, que aprendió en dos viajes a Amé-ca, y el alemán. Su colaboración es eficacísima, absolutamente necesaria para el autor; desde que se lee la obra hasta que se representa, María Guerrero multiplica su pasmosa actividad. Sus observaciones son siempre juiciosas y fundadas; atenta a los más insignificantes detalles, cuida en los ensayos de avalorar con sus prudentes indicaciones el mejor efecto de un papel; elige las telas y los colores de los trajes; documéntase minuciosamente en libros, revistas, croquis y figurines para la más perfecta reconstitución de una época, con escrupulosa autenticidad; cambia impresiones con los escenógrafos, sobre el emplazamiento y disposición de las decoraciones, buscando en la colaboración de todos los elementos escénicos el conjunto elegante y armónico que responda siempre al matiz de la obra, de tal modo que aisladamente, en cualquier detalle, puede apreciarse su significación. Jun-

gad de lo anormal de este trabajo que absorbe por entero las horas de la insigne actriz en tan prolijas asiduidades. Ni aun en el saloncillo, durante los entreactos, permanece ociosa. Siempre tiene en su amplio, inseparable bolso, recamado al gusto oriental, una labor que hacer, o un libro en que solazar su espíritu. Breve paréntesis en su cotidiana empresa, ponen sus solicitudes para su hogar de gran señora y sus rápidas excursiones en auto. María Guerrero bien puede decir con el clásico que su descanso es pelear.

LUIS GABALDÓN.

María—se dice solamente María, como se dice Sarah, como se dijo Rachel y otros nombres únicos—María es «ella», hoy como ayer, igual a sí misma, rival, si acaso, de sí misma.

Al cabo de treinta años pródigos de su genio proteico, ni flaqueó en su esfuerzo ni agotó sus tesoros.

Desde la cándida novicia del *Don Juan*, en su rosada aurora, hasta la brava reina de *La locura de amor*, en su cenit espléndido, este don del fuego sagrado que, con más fortuna que Prometeo, retuvo de los dioses, enciende, anima y vivifica, sin que jamás se extinga, la llama perenne de su numen excelso.

Su corazón fénix—al igual que su arte mago a cada momento renaciente—arde sin consumirse en el ara del templo que ha vuelto a ser el teatro, gracias a una reversión a las musas sus pares, emprendida y lograda por esta soberana vestal que ha hecho su religión y su altar y su trono de la escena española.

A su homenaje, en vida, me asocio entusiasmado... Suele ser frecuente que, en las puras y desinteresadas regiones del arte, se anticipen los panegíricos a los epitafios.

José de Laserna.

Nunca he podido soportar el llanto ni la risa en la escena hasta que he visto llorar y reir a María Guerrero.

Manuel Machado.

María Guerrero es un valor positivo en España. Su importancia artística iguala a la de las primeras actrices españolas a quienes se hizo un hueco en la historia. María Guerrero tiene en ella un puesto bien definido. Nadie ha de disputárselo. Ha sido una gran trágica, una admirable intérprete de comedias; ha sido en el teatro cuanto se puede ser. Y, al lado de estas cualidades

relevantes, que hemos consagrado ya los españoles, está la formidable labor regeneradora de María Guerrero, sus afanes de evolución escénica, su completa transformación del teatro.

Es María Guerrero nuestra primera actriz contemporánea, una generosa amiga de artistas y escritores, a los que protegió y protege con entusiasmo, y una perfecta dama de España.

ARTURO MORI.

Nuestro teatro dramático, esencialmente pasional, ha tenido en el temperamento de María Guerrero la expresión adecuada e insuperable. La voz de María Guerrero contiene la fuerte vibración del alma española. El gesto y la actitud de la insigne actriz expresan todas las inquietudes del drama latente en nuestro audaz espíritu de latinos. En Europa debiera pronunciarse el nombre de la Guerrero con la misma devoción que se pronuncia el de la Réjane o el de la Sarah Bernhardt.

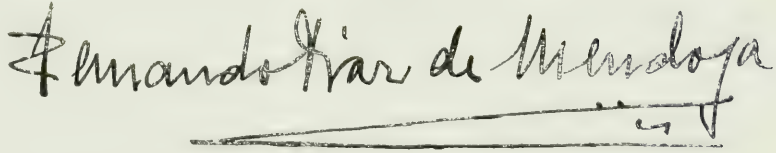
En alguna ocasión he expuesto la idea de cambiar el nombre insustancial de «Teatro de la Princesa» por el de «Teatro de María Guerrero». Esto sería una pequeña parte del homenaje que los públicos españoles deben a la gloriosa actriz.

EDUARDO HARO.

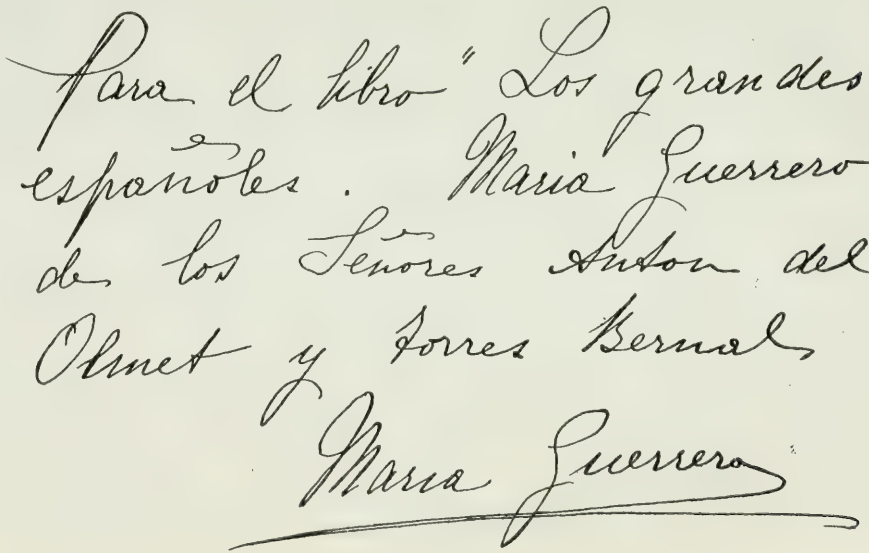
CAPÍTULO GRAFICO

Diversas fotografías de doña María Guerrero, que responden a la complejidad artística de la egregia comedianta.

D. Fernando Díaz de Mendoza.



Autógrafo de D. Fernando Díaz de Mendoza.


Para el libro "Los grandes españoles". María Guerrero"
de los Señores Antón del
Olmet y Torres Bernal.
María Guerrero

Autógrafo de doña María Guerrero.

INDICE

		Páginas
CAPÍTULO PRIMERO.	—Introito	5
— II.	—En el saloncillo	9
— III.	—Mariquita Guerrero	15
— IV.	—Mariquita siente el teatro	21
— V.	—Las primeras andanzas teatrales	27
— VII.	—El primer año de empresa	33
— VIII.	—«Mancha que limpia»	39
— IX.	—El hotel de don José	45
— X.	—«Paliques» de «Clarín»	51
— XI.	—Echegaray	71
— XII.	—Galdós	77
— XIII.	—Guimerá	83
— XIV.	—Martínez Sierra	87
— XV.	—Linares Rivas	91
— XVI.	—Benavente	95
— XVII.	—Los Quintero	99
— XVIII.	—Valle-Inclán, Villaespesa y Medina	103
— XIX.	—Muñoz Seca	107
— XX.	—Marquina y otros autores	117
— XXI.	—Hablando con doña María	121
— XXII.	—La casa	125

Páginas

Capítulo XXIII.—Una vida consagrada al trabajo..... 129
— XXIV.—¡América!..... 133
— XXV.—El Teatro Cervantes de Buenos Aires..... 139
— XXVI.—El actor Mendoza..... 145
— XXVII.—Más del actor Balazote..... 151
— XXVIII.—Díaz de Mendoza es bolchevique..... 155
— XXIX.—María y Fernando se casan.. 156
— XXX.—Los hijos..... 163
— XXXI.—Un rato de intimidades..... 173
— XXXII.—«El alma es mía»..... 177
— XXXIII.—Una interviú del Caballero Audaz..... 179
Capítulo final.—Elogios..... 198
Capítulo gráfico..... 199

LOS GRANDES ESPAÑOLES

EN PRENSA:

ROMANONES

BINDING LIST NOV 1 1928

Guerrero, María 227962 Art
Author Olmet, Luis Antón del and Torres Bernal, José de Drama B.
G.
Title María Guerrero.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU